

# bar"jillo

En Rosario, el ruido de la cultura



CD DE  
REGALO:  
MARIANO  
RUGGIERI

NÚMERO 13  
AÑO III

Mayo 2021  
ROSARIO \$400

FOTO: NORA LEZANO

## CRÓNICAS

NEOLALIA, EL PRIMER  
GRUPO DE FITO PÁEZ.

MARCOS PAZ, LA CORTADA  
MÁS LARGA DEL MUNDO.

LA CAPITAL NACIONAL DEL  
HELADO.

## ESCRIBEN

MIGUEL PASSARINI  
Y ALICIA SALINAS

Quién dijo  
que me fui si  
siempre estoy  
volviendo

LA ESCRITORA Y DRAMATURGA  
PATRICIA SUÁREZ DEJÓ  
ROSARIO HACE VEINTE AÑOS  
PARA INSTALARSE EN  
BUENOS AIRES, DONDE  
DESARROLLA UNA EXITOSA  
CARRERA. SIN EMBARGO, SU  
SUEÑO ES REGRESAR A LA  
CIUDAD DONDE NACIÓ

# SUMAMOS OBRAS

En Santa Fe llevamos a cabo un plan de obras de infraestructura, equipamiento, servicios y conectividad.

**+ 1.000**  
obras en marcha y en proceso de licitación

**Santa Fe**  
Provincia



## STAFF **barullo**

**Director fundador:** Horacio Vargas / **Directores:** Sebastián Riestra, Perico Pérez / **Colaboran en este número:** Edgardo Pérez Castillo, Ricardo Robins, Mauro Aguilar, Nora Lezano, Alicia Salinas, Lucía Dozo, El Tomi, Miguel Roig, Juan Aguzzi, Miguel Passarini, Nicolás Charles, Alejandro Vila / **Editor de fotografía:** Sebastián Vargas / **Diagramación:** Fabiana Colovini / **Editor Web:** Agustín V. Hoffmann / **Seguinos en:** [www.barullo.com.ar/](http://www.barullo.com.ar/) / [Facebook](https://www.facebook.com/revistabarullo/) / [Instagram](https://www.instagram.com/revista_barullo/) / [Twitter](https://twitter.com/barullorevista) / [barullorevista@gmail.com](mailto:barullorevista@gmail.com) / **Distribuye:** Homo Sapiens Ediciones. Sarmiento 825, Rosario / **Editor responsable:** Horacio Vargas. Registro de la propiedad intelectual: 3055388 / Barullo integra la Asociación de Revistas Culturales Independientes de Argentina (ARECIA).

## OPINIÓN

# Haciendo historia local

Por  
**Nicolás  
Charles  
(\*)**

**E**l Museo de la Ciudad de Rosario se ubica en el corazón del parque Independencia en una casona antigua en la que funcionaba la administración de Parques y Paseos Municipal y la Escuela de Aprendices de Jardinería. El museo se llama “Wladimir Mikielievich” en honor a uno de los más importantes historiadores que ha tenido nuestra ciudad y que ha archivado la historia rosarina en documentos que hoy se encuentran en nuestras colecciones. Este año cumplimos cuatro décadas de trabajo al servicio de la comunidad en pos de recuperar, fortalecer y poner en valor la historia y la identidad de los/as rosarinos/as.

En esta institución trabajamos con el objetivo de convertirnos en un Museo Abierto, un espacio público en el que se habilita la voz de los visitantes desde perspectivas accesibles, inclusivas, participativas y plurales. Un museo para y con las y los visitantes. Partimos de la necesidad de convertirnos en un espacio de reflexión colectiva y compromiso social, en donde la reciprocidad entre comunidad y territorio sean los pilares fundamentales sobre los que se construya nuestro trabajo. Es decir, pensamos transformarnos desde un lugar eminentemente cultural a uno social, de apropiación.

Como abordar la historia local es nuestro principal desafío, es por esto que partimos de problemáticas actuales

-transversales a la ciudad- a partir de las cuales podamos ensayar posibles preguntas a nuestro pasado que nos arrojen algún tipo de análisis que no necesariamente será una única respuesta.

La idea es que nuestros visitantes encuentren y reconozcan esas problemáticas como parte de su vida cotidiana.

En todos nuestros trabajos intentamos sostener esta lógica. La exposición Obreras, que nos acercó a la vida de las mujeres invisibilizadas en el frigorífico Swift, se convirtió en el disparador para trabajar la historia en el sur de Rosario en el “Saladillo”; o una experiencia más reciente como la del Mapeo Colectivo del barrio Rucci que se propuso -a partir del trabajo conjunto con los vecinos- abordar la historia de los lugares más significativos, tomando el paso de San Martín como uno de los hitos más importantes de la historia del lugar y poco conocido

por el resto de la ciudad. En el mismo sentido, el trabajo con el conversatorio El lejano Oeste Explorado, donde abordamos, en conjunto con la Biblioteca Estrada y los historiadores barriales, la zona oeste y barrio Echesortu. O el trabajo conjunto que realizamos con barrio Martín y la comunidad educativa del ex Nacional Nº 1, en pos de poner en valor y recuperar el archivo que tiene la institución y del que seguramente seguiremos hablando por la importancia de los documentos que conserva, recordando que la escuela fue fundada en 1874.

En estos espacios de encuentro se propicia la construcción colectiva por parte de diferentes actores como historiadores barriales y académicos, referentes, pero fundamentalmente por parte de los vecinos, que son los que viven, transitan y quieren la historia de su barrio como nadie más. El rol del museo sería acompañar y poner en valor esas historias para hacerlas visibles y accesibles a toda la ciudadanía.

Las problemáticas abordadas se sitúan en un lugar y tiempo determinados y, a partir de ello, se vinculan a la par con su territorio más cercano y con su comunidad barrial. Abordar el contexto implica analizar lo que estamos



La exposición “Obreras” acercó la vida de las mujeres invisibilizadas en el frigorífico Swift.



En 2020 se construyó el archivo “Registro de pandemia”.

viviendo, y es por esto que a lo largo del 2020 construimos un archivo con toda la ciudad de Rosario que se llama “Registro de pandemia” y que seguramente tendrá una valoración significativa para las futuras generaciones, para entender algo de lo que seguimos transitando con la Covid-19. Registrar el presente y convertirlo en archivo habla de no solo buscar respuestas en el pasado, sino entender al museo como un lugar dinámico y de transformación social.

Recuperar, visibilizar y poner en valor la historia en una ciudad como Rosario es una tarea que seguramente nunca termine, pero de la cual descubrimos nuevas capas de sentidos que nos acercan a las distintas comunidades locales. No trabajamos solamente en los/as que vienen al museo, sino que nos ocupamos también y fundamentalmente a través de distintos programas de los que no vienen. Entendemos que el museo es de toda la ciudad, es así como lo ubicamos en toda la ciudad sin necesidad de que nuestro edificio sea un impedimento para vincularnos. Hoy el museo no se encuentra solo en su edificio, sino donde exista una historia que contar y que nos permita fortalecer nuestra identidad como rosarinos/as. Trabajar con la ciudad implica que este año, nuestro cumpleaños, sea una celebración en toda Rosario y en eso ya estamos trabajando como un #museoabierto.

(\*) Director del Museo de la Ciudad “Wladimir Mikielievich”



**Cámara de Senadores  
de la Provincia  
de Santa Fe**



SenadoSantaFe

## Bajo el signo de la búsqueda

En plena dictadura un grupo de adolescentes rosarinos entre quienes estaba Fito Páez formó Neolalia, grupo seminal que construyó, de manera multidisciplinaria y a partir del rock, un auténtico refugio cultural

Por **Lucía Dozo**

En la casa de infancia de Fito Páez se podía ver un piano antiguo, un Forster alemán color bordó adornado con candelabros. Había sido de su madre pero nadie lo tocaba porque, según decían, “tenía algo fantasmal”. Una noche el niño Páez se acercó sin miedo y comenzó a tocar. Tenía ocho años. La familia quedó impactada con la performance. Eran los inicios del camino triunfal hacia el rock del autor de *Ciudad de pobres corazones*.

A fines de los turbulentos años setenta, en plena dictadura cívico-militar, la escena musical argentina se hallaba sumamente limitada, con bandas proscriptas y canciones censuradas. En ese duro contexto un grupo de jóvenes rosarinos, muchos de ellos compañeros del colegio Dante Alighieri, jugaba a hacer música intuyendo un posible futuro. Así nació Neolalia, que significa “nuevo vocablo”. La banda coqueteaba con la idea de crear música en terrenos poco explorados.

Unificando distintas expresiones artísticas, Fito Páez, Mario Pájaro Gómez, Fabián Gallardo, Alejandro Vila, Carlos Murias, Claudio Joison, Daniel García,

Carlos Rossi, Pedro Squillaci, los hermanos Carlos y Patricio Prieto, Marcelo Romano, *Sapo López* y Germán Risemberg formaron el grupo, que incursionaba en el terreno experimental y se lanzaba sin miedos a la performance: mientras uno de ellos leía poemas con un fondo musicalizado, otro actuaba y en esas extrañas fronteras sonaban al mismo tiempo una flauta y la guitarra eléctrica.

Aquel intento de unificación de distintas corrientes artísticas –música, poesía, dibujo, cine– estaba inspirado por MIA (Músicos Independientes Asociados), cooperativa de músicos y artistas que nació en 1975 a partir de la iniciativa de Alberto Muñoz, Liliana y Lito Vitale, y que llegó a contar con sesenta miembros. Por MIA pasaron entre otros –además de los ya mencionados–, Juan del Barrio, Daniel Curto y Nono Belvis, iluminadores, pedagogos y dibujantes. El grupo producía sus propios recitales y grabaciones, y se mantenía por fuera del circuito comercial.

Movilizados por la cuestión performática y el quiebre

de barreras artísticas, los integrantes de Neolalia ensayaban tocando y actuando en casas vacías. Había un rito: alguien reemplazaba la lámpara de luz blanca por una verde y luego, no sin dificultad, se armaba el piano para amplificarlo en un equipo de sonido. Esas tardes marcarían los orígenes de las famosas canciones *Puñal tras puñal* y *Sobre la cuerda floja* de Páez, que se darían a conocer algunos años después.

La banda tuvo una existencia breve: brindó solo dos recitales, el primero en Empleados de Comercio, el 16 de noviembre del 79, y otro en la Sala Lavardén, el 28 de diciembre del mismo año. “Recuerdo que como banda invitada estaba Irreal, que nos hacía el sonido, pero no podía anunciarse públicamente que tocaban porque estaban proscriptos. Al menos eso nos decían, la data que nos llegaba era toda por arriba, no sabíamos por qué estaban prohibidos. Lo que sí, cuando tocaron en vivo después de nosotros nos queríamos matar –dice Pedro Squillaci, hoy jefe de Espectáculos en el diario La Capital–. Simplemente porque eran terriblemente

superiores a nosotros, sonaban como una banda de verdad y Juan Baglietto en vivo ya se perfilaba como el gran artista que es. Recuerdo que el Tuerto Wirzt, que tocaba con ellos y es zurdo, desarmó mi batería y armó la suya en un segundo, toda al revés, claro, y lo hizo con una naturalidad sorprendente. Yo miraba tras bambalinas cómo tocaban y admito que, aunque tenía un poco de bronca porque sentía que habían copado la noche, no podía dejar de admirar el talento que tenían”.

Neolalia tuvo fuertes influencias de bandas como Jethro Tull, Yes, Gentle Giant, Genesis o Emerson, Lake & Palmer y el jazz fusión de Return to Forever. Estas tendencias internacionales convivían con el rock progresivo de La Máquina de Hacer Pájaros, los sonidos de Serú Girán y la impronta sinfónica de Charly García, y también con la poética de Luis Alberto Spinetta, que los “impactaba con su sensibilidad desde la complejidad de sus armonías”, destaca Squillaci. Por su parte, Germán Risemberg añade: “En una época en la cual



Fito Páez junto a Carlos Murias y el “Pájaro” Gómez: sala Empleados de Comercio, 1979.

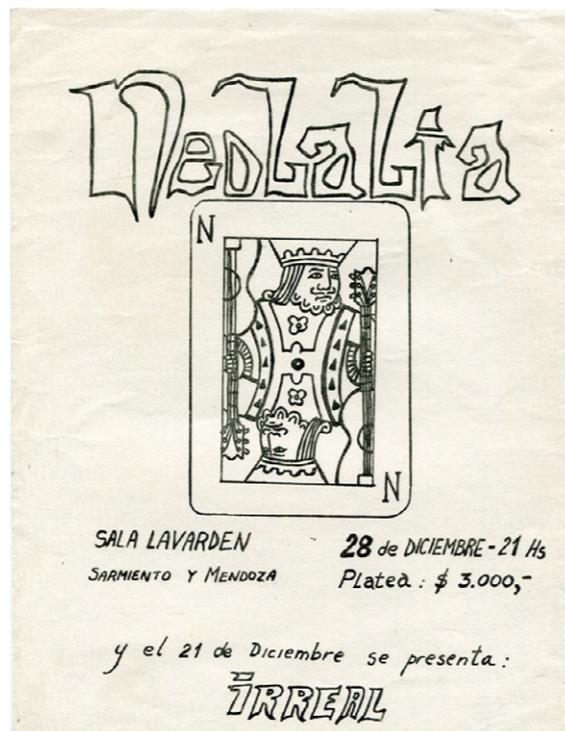
nuestros compañeros solían salir a bailar, nosotros nos encerrábamos a escuchar rock nacional, rock sinfónico, jazz, tango (especialmente a Piazzolla) y en folklore, el Dúo Salteño”.

Neolalia se organizaba en tres subgrupos: uno liderado por Germán Risemberg, con fuertes influencias del rock sinfónico eléctrico; otro, compuesto por Carlos Prieto y Alejandro Vila, que hacía rock sinfónico instrumental electroacústico, y el tercero, con Fito a la cabeza –aunque él tocaba en todos–, que luego, tras la disolución del grupo, se convirtió en Staff.

“El grupo nació del entusiasmo y la pasión que te empieza a picar en la juventud –memora Fabián Gallardo–. Pensábamos en poesía, en música, en gráfica. Yo hasta había hecho una supuesta tapa de cassette con Rotring, esas plumas de arquitectos que después fueron reemplazadas por el AutoCAD y las herramientas digitales, y era un árbol grande lleno de puntos y puntos. Fue un arte muy completo”.

Con carácter autogestivo, la banda fue la experiencia artística de un grupo de jóvenes que compartían el rock en su dimensión de refugio cultural. En el programa que repartieron en su primer concierto podía leerse: “Neolalia es la semilla y el polen, / el pescado y la madera, / es la nueva sangre / y la experiencia. / Es el germen / del movimiento, / la pasión por la belleza. / Es el amor, / el esfuerzo / y la pregunta”.

Sergio Rébori, autor del libro *Generación subterránea*. *La otra historia del rock de Rosario*, sintetiza: “La banda era una especie de colectivo interdisciplinario que hacía poesía, música, literatura y algo de teatro. La puesta era muy novedosa para lo que se podía ver en esos años, todavía recuerdo un puñado de canciones de esa noche: *Aquel cuento triste*, *Buen Señor* y otras que no llegaron a grabarse. Alguna intervención de poesía y un poco más. Neolalia funcionó como una especie de semillero, una escuela de todas las cosas en la ciudad”.



El programa de un concierto diseñado por Daniel García.

### La escena musical rosarina de la época

La escena musical de los setenta en la ciudad era muy limitada, con poco movimiento de bandas locales y escasos lugares habilitados para tocar. Generalmente, los recitales se hacían en teatros –de difícil acceso para bandas más pequeñas– o en clubes y no eran habituales los conciertos en bares. En 1979, el periodista y poeta Gary Vila Ortiz asumió como director de Cultura de la Municipalidad de Rosario y hubo una suerte de apertura: se permitieron muestras de arte y conciertos de distintos tipos en espacios que dependían del

municipio, a pesar de seguir en dictadura.

Dentro del rock, en esa época se destacaban algunas bandas: la ya mencionada Irreal, con Baglietto como cantante (tras la partida de Adrián Abonizio, presente en la primera formación); el grupo Oasis, de los hermanos Ramos y Omar Nuñez; Tierra de Nadie, con los hermanos Pasqualis, y Pablo el Enterrador. Era la época de las primeras performances del grupo Cucaño, potente colectivo cultural de artistas de la ciudad.

“Los grupos rosarinos hacían ruido, ensayábamos en El Canuto y se tocaba en el Café de la Flor, en la Lavardén, en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Se hacía lo que se podía con lo poco que se tenía, y cuando llegaban los grupos de Buenos Aires toda la energía estaba puesta en ir a verlos, estar, presenciar una prueba de sonido, mirar, aprender y hacer el aguante. Era un ritual necesario para ser parte de algo que intuíamos en algún momento nos iba a contener”, cuenta sobre la época Jorge Llonch, actual ministro de Cultura de la provincia.

La reunión de Almendra en 1979 y la visita de Queen en 1981 fueron dos hitos. A nivel nacional, en 1982, debido a la guerra de Malvinas, el dictador Leopoldo Galtieri dispuso, a través de un decreto, la prohibición radiofónica y televisiva de música anglosajona. Esto implicó que los musicalizadores de medios tuviesen que recurrir a artistas nacionales para cubrir el vacío. A partir de ese momento, el rock nacional comenzó a cobrar un nuevo nivel de circulación social. Después de la desastrosa guerra llegaron la renovación y la explosión de masividad.

Sin embargo, en Rosario la circulación de músicos era aún limitada. Narra Carlos Rossi, a quien todos conocen como *Carletto*: “Había una relativa cantidad de bandas locales que tocaban esporádicamente, pero en salas más alternativas (Luz y Fuerza, Facultad de Ingeniería, Lavardén, la ACJ, la Pau Casals del Centre Catalá), todo muy de abajo y autogestionado. Y los que

íbamos a ver a esas bandas éramos siempre los mismos. Fue en esa coyuntura que surgió nuestra propuesta. En ese momento Fito estaba tratando de armar algo con Fabián Gallardo, por un lado, y Alejandro Vila con Carlos Prieto estaban en un proyecto de dúo de guitarras, por otro. A su vez, Germán Risemberg tenía unas canciones terminadas y quería presentarlas armando una banda y por ahí apareció también el Sapo López, quien escribía cuentos y a Fito se le había ocurrido musicalizarlos”. Y agrega: “Pensamos que la banda se iba a llamar El Juglar y después cambió el nombre a Neolalia. Con el tiempo se empezó a sumar más gente y con la llegada de Daniel García ya teníamos quien se encargara de las gráficas y los diseños; con Claudio Joison tuvimos al encargado de la organización y coordinación, lo que nos permitió hacer la primera presentación para el público”.

Los conciertos, sumamente escasos en la ciudad, estaban cargados de una mística particular e impulsaron el desarrollo del rock nacional como movimiento de resistencia. En ese contexto, el recorrido de Neolalia fue una experiencia artística decisiva en la historia del rock local. A pesar de su breve historia, representó una síntesis cultural de una generación que creció en dictadura, en medio de la represión política, social y cultural.

Sus integrantes siguieron caminos diversos. Algunos de ellos son reconocidas figuras de la escena musical local y quienes construyeron su trayectoria profesional en otros campos también dejaron impacto en las áreas que atravesaron. Aquel idealismo que empujó su juventud dejó marcas en su recorrido adulto. “Neolalia nos dejó la huella de la búsqueda –reflexiona Squillaci–, de juntarse para tocar y divertirnos y a la vez por el disfrute. Todos intuíamos que estábamos aprendiendo y creo que ninguno imaginaba que haría una carrera con la música. Hoy es un placer comprobar que muchos de los que estuvimos ahí todavía seguimos vinculados con lo artístico. Y creo que no es casualidad”.

Escuchar

Dialogar

Proponer

Legislar

un Concejo  
en Movimiento



CONCEJO MUNICIPAL  
DE ROSARIO



CÁMARA DE DIPUTADAS Y DIPUTADOS  
DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

JOSÉ MOSET

# “La fragilidad es algo congénito del teatro rosarino”

El periodista, dramaturgo y crítico desanda los entretelones de “Protagonistas y antagonistas del teatro de Rosario”, libro recientemente publicado por Ramos Generales, donde acerca una veintena de ensayos breves sobre grandes referentes de la escena de la ciudad de todos los tiempos

Por Miguel Passarini

Fotos: Sebastián Vargas

Dar cuenta de la historia del teatro rosarino es dar cuenta de sus fragilidades, de sus hallazgos y contradicciones que aparecen como rasgos fundantes, pero sobre todo es pertinente dar cuenta de su anecdótico, de eso que estuvo por detrás de lo escénico, que siempre es efímero, porque allí se cristaliza el sentido y porque cada vez más, como sentenció alguna vez el dramaturgo y escritor italiano Luigi Pirandello, el teatro buscará hablar solo de sí mismo.

Es en el recuerdo de la vida cotidiana detrás de los hombres y mujeres que en distintas épocas, lugares y con poéticas diferentes edificaron la escena rosarina y la dotaron de instancias devenidas en recuerdos posibles, donde posa su mirada inquieta el periodista, dramaturgo y ensayista de teatro José Moset (Gödeken, Santa Fe, 1948), a partir de una veintena de textos que aparecen en *Protagonistas y antagonistas del teatro de Rosario*, reciente libro editado a través de Ramos

Generales, una nueva editorial rosarina que dirige nada menos que Walter Operto, otro de los grandes referentes del teatro local de proyección nacional.

Moset, quien habitó y compartió muchos de los pasajes y espacios de creación que relata en su libro, desanda veintidós ensayos o “semblanzas biográficas” como los define en el prólogo, cada uno elegido por un motivo en particular que en ningún caso reniegan de lo azaroso, una idea que retoma el dramaturgo y director Mauricio Kartun en el tentador texto breve de la contratapa: “Preciosa la palabra semblanza. En la deriva desde semblante, su origen, guarda una llamativa condición plástica, es retrato pero va más allá que la pura imagen, toma del rostro su carácter, su estado, y como suele hacer la dramaturgia: mete la máquina poética a una persona y la saca personaje”.

A partir de esa “máquina” de dramaturgista que tan bien conduce Moset, autor entre otras de *Rebelión en la playa de estacionamiento*, obra que a comienzos

de los años 80 formó parte de Teatro Abierto Rosario en plena dictadura, la historia del Tano Eugenio Filippelli, gran maestro y director local de proyección nacional que por un momento pareciera habitar en *Rápido nocturno* del referido Kartun, da paso a la de la bailarina y coreógrafa Cristina Prates desde un comienzo poco conocido, donde el quiebre entre lo clásico y lo contemporáneo se vuelve todo un signo, para seguir con Luis Machín, el gran actor local que triunfó en Buenos Aires pero que antes recorrió los escenarios rosarinos donde edificó los cimientos de su hoy elogiada carrera artística.

La historia de la prolífica Patricia Suárez, una dramaturga a la que no le interesa dirigir, da paso a la del destacado maestro, director y docente Aldo Pricco, un verdadero estudioso del fenómeno teatral desde sus lenguajes y significados, para seguir con los comienzos de la actriz María Fiorentino y su desembarco en la gran ciudad del Obelisco, momentos

de la vida del director Carlos Mathus, que montó una obra por una sola función y estuvo en cartel treinta y seis años seguidos, o Raúl Saggini, otro director con vuelo propio. También, momentos poco conocidos de los actores Daniel Querol y Arnaldo Colombaroli, los comienzos y el talento desbordante del escenógrafo y diseñador Hugo Salguero, los entretelones de la vida de uno de los más destacados maestros de la escena local en el sentido más amplio, Néstor Zapata, uno de los creadores del histórico grupo Arteón; la elección de volver a Rosario de la actriz Liliana Gioia —que empezaba una carrera en Buenos Aires—, o el portentoso anecdótico de los actores David Eder y Miguel Franchi.

Le siguen el relato en primera persona de la actriz y escritora Ana María Rozzi de Bergel, jugosos pasajes de las carreras de los actores Carlos Segura y Omar Tiberti, como también del ya mencionado Operto, dramaturgo, director y periodista con los entretelones



de su emblemática obra *La bicicleta*, que lo pintan como un remador de todas las aguas. También tiene su momento el gran defensor del entretenimiento, el actor y director José Alberto Berlén, como la destacada investigadora y docente Clide Tello, otra de las grandes conocedoras de la historia de la escena rosarina, para cerrar con una singular semblanza del escritor e historietista Roberto Fontanarrosa, un “colado” con una obra desbordante de la que el teatro se ha valido no sólo en estas tierras sino en otros destinos del mundo.

Con un procedimiento que el autor tomó de la dramaturgia, partiendo de las imágenes, y unidos a través del genérico amplio “teatristas”, la reconstrucción de cada una de esas veintidós historias pone en diálogo un recorrido artístico con su tiempo histórico y el inicio, con sus idas y vueltas, de grupos emblemáticos del teatro rosarino desde la génesis del Movimiento Independiente en 1943 hasta más o menos el presente, buscando echar luz y memoria a una historia teñida por la falta de registros y su irremediable y al mismo tiempo inefable fugacidad.

### Los que están

“Me acuerdo de un libro con obras de quince dramaturgos argentinos contemporáneos que publicó hace años una editorial española. En el prólogo, el gran crítico rioplatense Gerardo Fernández, responsable también de la selección, decía que el acto de elegir a unos y no a otros «es siempre antojadizo, siempre discutible, siempre caprichoso», dijo Moset de antemano para responder a la inquietud de un recorte azaroso en la elección de sus biografías, porque como estas también hay otras.

“Efectivamente, en *Protagonistas y antagonistas del teatro de Rosario* hay un número considerable de teatristas rosarinos que podrían haber sido incluidos y cuyos méritos artísticos e intelectuales podrían ser equivalentes a los que sí lo integran. Cuando firmé el convenio con el Instituto Nacional del Teatro (INT) para la beca de investigación que dio origen a este proyecto –la investigación y escritura del libro–, debí precisar los términos: serían entre veintidós y veinticinco semblanzas biográficas de mujeres y hombres de la actuación, la dirección, la escenografía, el vestuario, la iluminación, la dramaturgia y la

investigación, nacidos o formados en Rosario. Ese número correspondía al máximo disponible para un libro de estas características. A lo largo de un año ininterrumpido de trabajo, siempre tuve a mano una lista provisional de al menos cuarenta candidatos, la mayoría perteneciente a un corte generacional que abarca a los grupos independientes más importantes de una probable época de oro, con la condición de que siguieran hoy en actividad. Pero el tiempo se acotaba hasta que tuve que tomar la decisión y cerrar la nómina. Ahora, con el libro publicado por Ramos Generales, parafraseando al mismo Fernández, puedo decir finalmente: «Asumo por lo tanto toda la responsabilidad y cargaré sin queja, hasta el mismísimo infierno, con la ira de los damnificados», amplió el autor con humor, dejando la puerta abierta para un segundo número con la misma impronta y nuevas semblanzas.

La figura del emblemático e inmanente maestro porteño Norberto Campos que en 1974 recaló en Rosario –donde desarrolló la mayor parte de su carrera hasta su temprana muerte en 2003–, sobrevuela algunas de esas historias, muchas de ellas concatenadas. El nombre de Campos se mete, irrumpe, aparece en varias e incluso modifica momentos de la vida de algunos artistas locales, pero sin embargo no tiene una semblanza propia.

“Coincido con lo de Campos, su ausencia y presencia al mismo tiempo, sobre quien publiqué hace algunos años una larga nota en uno de los suplementos de La Capital. El título original de esa nota era «El Maradona del teatro rosarino», lo cual define mi opinión sobre él. Pero, aunque en una época vi y admiré sus espectáculos y charlé bastante con él, me faltaba más información biográfica. Entonces lo vi claro: Norberto sería el «gran personaje ausente» del libro. Como en algunas de las grandes obras de la dramaturgia universal, es un personaje que jamás aparece en escena pero que condiciona la conducta y la vida de todos. El ejemplo más ilustre sería *Esperando a Godot* de Samuel Beckett; otro caso es *Raíces* de Arnold Wesker. Y así sucedió, ya que Cristina Prates, Hugo Salguero, Quico Saggini y Miguel Franchi lo mencionan in extenso como un referente insoslayable”, destacó el autor acerca de uno de los más influyentes teatristas locales, creador de los grupos Litoral y De la Acción.

Más allá del conmovedor inicio con un momento

de la vida del recordado Tano Filippelli, que dispara el clima de una novela de suspenso, otras dos semblanzas están también dedicadas a creadores que ya no están en este plano, pero que dejaron una huella profunda en sus generaciones y en la que vinieron después. Se trata de Mathus, el padre intelectual de la emblemática y siempre polémica obra teatral *La lección de anatomía*, con más de tres décadas en cartel, y la de Fontanarrosa. “Esa semblanza, la del Negro, se titula «Un dramaturgo a pesar suyo», porque nunca escribió para el teatro aunque son innumerables las adaptaciones de sus cuentos e historietas que se estrenaron en todo el país y en el exterior”, destacó Moset.

“En este conjunto de ensayos breves, tres están dedicados a creadores fallecidos: Filippelli, Mathus y Fontanarrosa. Tanto la actriz María Fiorentino como Machín nacieron y se iniciaron en el teatro en Rosario pero están radicados desde hace muchos años en Buenos Aires, donde ambos desarrollan una sostenida y sólida actividad profesional en los escenarios, en el cine y la televisión. También están radicados en la Ciudad Autónoma la dramaturga Patricia Suárez, que lleva estrenadas varias obras en salas oficiales e independientes, y Ana María Rozzi y Arnaldo Colombaroli, dos intérpretes de la primera hora del TIM (Teatro Independiente del Magisterio), que emigraron junto con Mathus a Buenos Aires a mediados de la década del 60”, detalló Moset.

Y a modo de *racconto*, evocó: “Siguen viviendo y trabajando en Rosario el escenógrafo y ocasional actor Salguero, la actriz, autora y directora Gioia, la actriz y bailarina Prates, la investigadora Clide Tello, el director, autor y cineasta Néstor Zapata, otro ex integrante del TIM; el autor y director Operto, los actores y directores D a v i d

Ederly, Pricco, Saggini, Franchi, Berlén, el actor Omar Tiberti, además de Querol y Segura, este último radicado en la provincia de Córdoba, que juntos fundaron el grupo Escena 75”.

### La memoria de lo efímero

“Es cierto que la fragilidad es un rasgo. A mí me parece que la fragilidad es algo congénito del teatro rosarino. El primer grupo que trascendió por su importancia y por el legado que dejó fue el Centro Dramático del Litoral (CDL), que estrenó su espectáculo inicial en febrero de 1956 y que luego de otros seis espectáculos, algunos de gran repercusión, se disolvió a mediados de 1959; es decir que solo duró tres años y medio, cuando todo indicaba que su continuidad iba a seguir creciendo en calidad y en la cantidad de espectadores”, sostuvo el autor sobre un rasgo cuya presencia confirma a lo largo de todo el libro.

“Contra lo que muchas veces se supone –cuestionó–, la prensa de la época le dio amplia difusión al CDL. Tanto La Capital como los cuatro diarios vespertinos de la época (La Tribuna, Crónica, Rosario, Democracia) publicaban críticas, entrevistas, gacetillas con fotos los días que había funciones. Hay que tener en cuenta que los diarios eran los medios por antonomasia, cuando faltaban muchos años para la aparición de los canales de televisión locales, mientras la radio no se ocupaba de esos temas a excepción de algún programa marginal de alguna de las emisoras. El teatro independiente era

una novedad cultural y esa atención del periodismo escrito influía en la asistencia de público que, entre paréntesis, pagaba las entradas, ya que nada era gratis o «a la gorra». Junto con eso también gravitaba la difusión del boca a boca. A pesar

**JOSÉ MOSET**  
protagonistas  
y antagonistas  
del **TEATRO**  
de Rosario



de todo eso, el CDL se dejó captar por la rivalidad de sus dos directores, lo que determinó la división de los integrantes entre una u otra opción”.

### Territorios y pertenencias

“En mi libro anterior, *Centro Dramático del Litoral; historia abierta*, revisamos con Omar Tiberti, quien colaboró conmigo en la investigación, la colección de los diarios y en el primer mes de vida del CDL descubrimos que la tensión dentro del grupo existió desde un principio, algo que fue confirmado en las entrevistas con quienes participaron de aquella experiencia”, expresó sobre los factores que de un momento a otro determinaron que algunos de aquellos grupos iniciáticos del teatro local bajaran el telón, una variable que se repite a lo largo de todas las semblanzas y que, sin embargo, aparece más como una virtud que como un defecto.

“Coincido en que esa fragilidad no es necesariamente negativa porque genera una dinámica propia que a veces, paradójicamente, da óptimos resultados –destacó–. Yo le agregaría una duda que tengo y que creo que nos compete como periodistas de teatro: el escaso conocimiento de las nuevas generaciones surgidas de las escuelas provinciales de teatro y de los cursos privados sobre la historia del teatro independiente de la ciudad. Desconocer la propia historia puede ser visto también como un rasgo de fragilidad”.

### Dramaturgia desde el anecdotario

“Está buena la referencia a la obra teatral *Rápido y nocturno* y su microcosmos de trenes que pasan. Me gusta que la lectura genere esas imágenes porque yo escribo con un procedimiento que tomé de la dramaturgia, el hecho de partir de las imágenes antes que de las ideas. Porque las ideas aparecerán inexorablemente después encarnadas en los personajes”, destacó Moset sobre una especie de clima de ficción que de manera transversal recorre todo el libro.

“En ese sentido –profundizó–, las anécdotas son para mí como una cantera de imágenes y el libro tiene muchas que a mí me conmovieron al conocerlas; en algunos casos, como el que mencionás, la semblanza de Filippelli, me acompañaron durante décadas, más de cuarenta años, cuando me la contó el actor Gustavo

Borelli poco después de que ocurriera. Prácticamente todas las semblanzas tienen algunas imágenes muy fuertes. Además de allanar la lectura, si están bien elegidas y, por supuesto, bien redactadas, esas anécdotas iluminan la vida y la obra de una persona y su entorno. Yo aspiro a que el libro sea leído con interés tanto por la gente de teatro como por el lector que no tiene especial interés en las artes escénicas pero al que le interesan los temas culturales. Aspiro también a que estas mujeres y estos hombres del teatro rosarino sean un poco más conocidos y reconocidos en un contexto que tiende más al olvido o a la indiferencia”.

### Un escritor deslumbrado

Moset deja en claro con su escritura que en esos encuentros con sus entrevistados, muchos en bares, muchos con registros previos e incunable material de archivo como posteriores refuerzos a través de un correo y llamadas telefónicas, no pocas veces se descubrió deslumbrado o particularmente conmovido ante algunas de esas confesiones que son la matriz y esencia de un libro que se redimensiona como una gran obra teatral en la que estos “protagonistas y antagonistas” asumen el personaje más complejo de sus vidas porque implica hacer de sí mismos.

“Dejo para el final la inquietud de qué fue lo que más me sorprendió en las entrevistas para el armado del libro. Estoy tentado a decir «todo», porque yo sentía un gran placer y un gran agradecimiento hacia estas personas que me contaban en confianza sus vidas. Pensándolo bien, creo que me interesan especialmente los momentos cruciales en la vida de una persona, cuando un giro imprevisto de los acontecimientos la coloca frente a una decisión y sí o sí debe elegir. Lo que supone no elegir otras opciones. Algo así como dicen que Sócrates le respondió a un discípulo que estaba dudando si seguir con su pareja o terminar la relación: «Hagas lo que hagas te vas a arrepentir», le contestó el maestro griego. Me parece que en el libro hay relatos de algunos de esos momentos cruciales. Por lo demás, salvo Fiorentino, Machín y Patricia Suárez, que suelen ser entrevistados en grandes medios nacionales (y en BARULLO, de este número), el resto no se siente reconocido y tiene la amargura del final, sobre todo si se tiene en cuenta que algunos superan los ochenta años. Eso también me conmueve”.

## LA EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO ESCRIBE UNA HISTORIA INÉDITA EN EL PAÍS

# Un proyecto que perdura y se afianza

Con numerosos libros y discos publicados, la mayoría creaciones de autores locales y también de la región, la fructífera experiencia de la EMR se destaca a nivel nacional en términos de política pública sostenida durante un lapso de tres décadas

Por **Alicia Salinas**

A punto de cumplir treinta años de sólida trayectoria, la Editorial Municipal de Rosario (EMR) se ha ganado un lugar como uno de los proyectos de publicación de autores vernáculos más reconocidos y respetados en la Argentina e incluso en el exterior –prueba de ello es su participación en la gran Feria del Libro de Frankfurt en 2016–. Con la particularidad de que a ese espacio en el campo editorial la EMR lo cosechó y ocupa desde el sector público, más precisamente desde el nivel del Estado de menor escala, es decir el de un municipio, y encima del llamado interior del país.

A pesar de los múltiples vaivenes económicos y sociales, y en el medio de las transformaciones tecnológicas y de consumo cultural que se verificaron en estas tres décadas, el sello lleva publicados cerca de trescientos libros, amén de más de una centena de discos. La mayoría de los escritores e intérpretes de esas creaciones son rosarinos y de la región metropolitana, y han incursionado en géneros tan variados como la novela, el cuento, la poesía, la crítica, el ensayo, la historia, la no ficción, el arte, la literatura infantil y el teatro. Las producciones no se quedan en casa, sino que circulan por todo el país a través de la distribuidora Periférica (que cuenta con tienda online) y Meloepa Discos.

Para armar su nutrido catálogo, accesible a través de la página web [www.emr-rosario.gov.ar](http://www.emr-rosario.gov.ar) la EMR selecciona a sus autores por medio de concursos que lanza periódicamente, aunque también se destacan las antologías y desde hace veinte años los rescates de la memoria literaria de la ciudad. De hecho, entre los volúmenes más buscados por los lectores se encuentran la poesía completa de Aldo Oliva (de primera y segunda edición en 2003 y 2016 respectivamente); la obra poética y pictórica de la trebolense Emilia Bertolé (de 2006 y 2019); y la antología *Rosario ilustrada* (de 2004, 2008 y 2012), que reúne ochenta

textos entre poemas y fragmentos de relatos, novelas y piezas teatrales con nuestros barrios y calles como escenarios reales o imaginarios.

A este dato lo revela Oscar Taborda, desde hace trece años al frente del sello que depende de la Secretaría de Cultura y Educación de la Municipalidad. El director añade que también tienen una importante demanda “varios títulos de la colección Naranja de crónica y de la Serie novela corta, como los de Mario Castells y Francisco Bitar, a los que tuvimos que reimprimir varias veces”.

### De estos pagos

La editorial fue creada por ordenanza en julio de 1992, durante la gestión del entonces intendente Héctor Cavallero, con el confeso objetivo de publicar y difundir la producción literaria de estos pagos. Enseguida, hacia 1994, sumó un sello discográfico desde el que salieron al ruedo álbumes de música contemporánea y clásica, pop, rock, canción, folclore, tango y jazz, entre otros géneros. Hasta el 96 el responsable fue el escritor Héctor Sebastianelli, luego pasaron también por el cargo Gary Vila Ortiz, Elvio Gandolfo, Martín Prieto y Pedro Cantini.

“En el transcurso del tiempo la editorial amplió sostenidamente su catálogo, con colecciones nuevas de crónica, *nouvelle*, fotografía e historietas; se conformaron diversos equipos de trabajo y se incorporaron pasantes de la Universidad Nacional de Rosario; fue habilitado un stand para la comercialización de los libros y los discos en la peatonal Córdoba esquina Corrientes”, enumera Taborda, él mismo escritor, a lo que hay que añadir la participación y presencia permanente de la EMR en ferias de libros, así como la realización de recitales y conciertos.

Si desde el comienzo de la pandemia de coronavirus la actividad del organismo se vio muy afectada, este año se presenta más prometedor y con iniciativas de distinto calibre en carpeta. “Estamos preparando un libro con material inédito de Fausto Hernández (poeta y dramaturgo rosarino), una biblioteca digital con el resto de su obra poética, la reedición de varios títulos agotados, la publicación de un tercer volumen de la Colección Infantil de Cuento, con cuentos escritos por chicas y chicos, un nuevo eBook y la versión digital de libros que ya teníamos en papel”, anticipa el actual director de la EMR, muy cerca de dos novelas cortas recién salidas de imprenta.

Se trata justamente de títulos que surgieron de un concurso de carácter regional realizado en 2018, con un jurado que integraron Alan Pauls, Luis Sagasti y Vera Giaconi, y por el que el sello ha publicado a autores de las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Misiones.

### Novedades

“Son dos *nouvelles* muy atractivas, casi cinematográficas”, define el editor a las novedades, y para dar prueba de su perspectiva postula incluso a los directores de una eventual versión

audiovisual. “*Te compré girasoles*, de María Angélica Vicat, es una novela dramática ambientada en Corrientes que, se nos ocurre, debería ser filmada por Clarisa Navas”, afirma Tabora, y propone a la original realizadora correntina que irrumpió en la escena nacional en 2017.

En tanto “*Harina de carnaval*, de Raúl Novau, es un viaje iniciático a través de la selva misionera a principios de los años 60, que podría haber sido rodado por Leonardo Favio, o por el primer Lisandro Alonso”, insiste en referencia a otro joven director argentino de cine independiente.

Tanto Novau como Vicat tienen en común haber sido finalistas de aquel concurso que hace tres años ganaron la entrerriana Belén Sigot con *Vacas* y la escritora de la ciudad de Santa Fe Analía Giordanino con *La Ripley*. Los dos nacieron a mediados de la década del cuarenta y urdieron historias que transcurren en la Mesopotamia argentina.

De hecho Novau dialoga con BARULLO desde Posadas, el lugar donde se afincó y desarrolla no solo la profesión de médico veterinario sino su vocación literaria como autor de relatos, novelas y obras de teatro. También la ciudad de la tierra colorada es el punto en el que comienza la travesía de su personaje principal, un muchacho llamado Elías que se sube a un Bedford amarillo

chicos de distintos barrios. Con el apoyo del ex Ministerio de Innovación y la imprenta municipal sacamos una serie de plaquetas de poesía (ocho títulos) escritas por las internas y los internos de las cárceles de mujeres y varones de Rosario y los institutos penales juveniles de Alvear, Coronda y Santa Fe. Con dos centros de estudios de la Facultad de Humanidades y Artes editamos el eBook 2021, y en este momento estamos preparando con el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (Iech-Conicet) otro eBook con un título nuestro ya agotado, *Los clásicos argentinos*. Este último es una compilación de ensayos sobre las máximas figuras de la literatura argentina de los siglos XIX y XX que había sido publicado por la Editorial Municipal en 2005. Ahora, con el nuevo formato digital, se ofrecerá para su descarga gratuita. Sin duda, la EMR se fue haciendo un lugar en el campo editorial del país. “Por su catálogo y trayectoria, no solo se destaca entre las editoriales municipales, sino que por su diseño y presencia comparte la misma escena y los mismos espacios con las independientes”, analiza Tabora, él mismo un escritor de proyección nacional. En esa línea, el sello rosarino es habitualmente invitado a participar de las ferias de libros de varias ciudades, de la Feria de Editores (de Buenos Aires) y otros eventos nacionales que tienen por objeto la promoción del libro y la lectura.

## COEDICIONES Y OTRAS YERBAS

Para la EMR, no solo de publicar obras se trata sino también de trabajar en conjunto con otros sellos e instituciones, en el marco de una determinada escena literaria y cultural en la que deja surco, más allá de los imperativos comerciales. En ese sentido, “las coediciones más destacadas con editoriales independientes fueron El volcán, una antología de historieta latinoamericana que hicimos con Musaraña, un sello de Buenos Aires especializado en el género, y Ouvrard, pinturas y dibujos 1916-1986, que editamos con Ivan Rosado, uno de los sellos independientes más importantes de Rosario”, cuenta Tabora. No se trata de los únicos casos. “Hemos coeditado más libros con otras áreas municipales y provinciales”, agrega, toma aire y enumera. “Con el Parque de España y Espacio Santafesino (programa del ex Ministerio de Innovación y Cultura de la provincia) sacamos cuatro antologías de poesía argentina y latinoamericana en el marco del Festival Internacional de Poesía de Rosario. Con el Museo de la Memoria de Rosario editamos tres títulos: *El caso Chomicki*, *Genocidios y Territorio ocupado*. Con la Dirección de Diversidad Sexual de la Municipalidad organizamos dos concursos de historieta, uno nacional y otro latinoamericano, y publicamos a los ganadores en los volúmenes *Historieta LGBTI* y *Poder trans*. Con la Escuela de Experimentación en Cine y Fotografía editamos cuatro libros de fotografías tomadas por chicas y

para acompañar a un tío camionero hasta la frontera con Brasil. El objetivo es transportar un cargamento de harina; en el camino las aventuras y peripecias se interpondrán como un destino.

“Me siento un escritor de la región”, admite Novau con acento cantarino. “Es decir, dada la ubicuidad geográfica de nuestra provincia entre fronteras, pertenecemos a una región cultural que abarca a la vecina Paraguay, parte de la zona sur del Brasil y la articulación con el nordeste argentino. Esta es mi región de pertenencia por historia, léxico, mitos comunes, caracteres de una idiosincrasia compartida”, sostiene, y eso se advierte desde la primera línea de su *nouvelle*, repleta de imágenes en las que se cuelan términos propios del portugués y el guaraní. Será por eso que hacia el final, el libro incluye un glosario con palabras como acutí (conejo), lluviarada (lluvia fuerte) o pireca (fritura de harina y agua).

Un vocabulario rico, específico y denso, al igual que el follaje de la selva y lo salvaje, acompañan y traman este viaje plagado de descubrimientos para el protagonista, que ahora nos enteramos está basado en las propias experiencias juveniles y en recuerdos del autor. Nacido en la localidad misionera de Sauce en 1945, Novau confiesa haber recurrido a la memoria autobiográfica para componer su relato de ficción, narrado en primera persona en forma de crónica, y que bien podría encuadrarse dentro de lo que se conoce como novela de iniciación o aprendizaje.

En la historia de Vicat también hay una joven ocupando centralidad, aunque quien habla –o mejor dicho le habla, incluso desde el propio título– es la voz incisiva de la madre. “Si bien tengo varios cuentos sobre realidades incómodas, ésta es la única novela, y es testimonial”, asume desde Villa Giardino, Córdoba, donde vive tras haber pasado por varias provincias, entre ellas Corrientes. Allí, entre la capital y Mercedes, se cuece el drama familiar evocado a la distancia en detalle, a través de un lenguaje coloquial que va encadenando circunstancias sin dar tregua durante sus cien páginas.

“Quería comprender por qué sucedió algo que no debería haber pasado, no fue una cosa elaborada”, añade Vicat sobre el proceso de escritura de *Te compré girasoles*. Años después de los hechos que aborda la novela, y que constan en un expediente judicial, esta mujer que fue maestra, periodista y librera –entre otros oficios– sintió la necesidad de plasmar en el papel una experiencia fortísima que involucra a una de sus seis hijas. “Durante una semana escribí. Corregí algunas cosas. Lo guardé y no lo volví a tocar. Cuando supe del concurso lo envié”, concatena.

Si el relato de su compañero de colección Novau se desarrolla casi siempre en espacios exteriores, con predominancia de un paisaje exuberante en el que la intriga va tallando una atmósfera oscura, de inquietud, aquí los peligros no provienen de personajes o sucesos extraordinarios sino de la propia familia, de las cosas de todos los días que por estar inmersos en ellas no podemos o no queremos ver, hasta que resulta demasiado tarde



Oscar Tabora, desde hace trece años al frente del sello.

para desmontarlas. En ese sentido, la inquietud no es menor y el relato golpea porque no transcurre en tiempos remotos o en una cultura ajena sino del otro lado del río Paraná, en el cercano 2003.

### Lo próximo

Entre los ejes de trabajo de un futuro inmediato para la editorial municipal, asoma la producción de libros digitales, sobre todo de crítica literaria. “Es un género que hasta ahora estaba escasamente representado en nuestro catálogo”, desliza Tabora, y menciona que el año pasado lanzaron *Veinte episodios de la historia de la literatura argentina del siglo XX*, una compilación de artículos y estudios críticos publicados entre 1964 y 2020 por profesores o egresados de la carrera de Letras de la Facultad de Humanidades y Artes de Rosario.

“Ya empezamos el proceso de producción de 2021, una antología de ensayos sobre la relación de literatura y vida”, agrega. Ambos libros se coeditan con el Centro de Estudios de Literatura argentina y el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, de la academia de calle Entre Ríos.

Este año también habrá mudanza: desde su sede en el planetario del parque Urquiza, la EMR se trasladará al nuevo edificio de la Biblioteca Argentina Juan Álvarez, inaugurado en 2019.

“Nos gusta pensar que hacemos un trabajo artesanal, particularizado, en el que el diálogo con los autores es muy importante”, reflexiona Tabora sobre la hechura de los libros. Claro que el acento puesto en los lectores no es menos trascendente. ¿Y quiénes son ellos, ellas, *elles*? “Potencialmente, todo el mundo que lea en castellano y esté abierto tanto a las nuevas expresiones literarias como a las del pasado reciente”, propone el editor y en ese gesto un mundo se abre, sostenido por la perseverancia de una política pública que no dejó de manifestarse y crecer en treinta años, aquí a la vuelta.

# Los mozos y las habilidades perdidas

Por Alejandro J. Vila

Ilustración: El Tomi

“¿Cómo es eso que se puede parar una película y empezar a verla desde el inicio?” preguntó don Magencio, el abuelo de mi novia. Don Magencio era un inmigrante gallego que vio una radio por primera vez en su vida al llegar al puerto de Buenos Aires. “Parecía brujería, una caja que hablaba”, contaba. Casi 60 años después, a inicios de los 80, miraba curioso el funcionamiento de una videocasetera, otra caja diabólica. Creo recordar que argumentamos sobre las ventajas de ver cine en casa, usamos la palabra rebobinar, etcétera. Pero a Magencio le importaba un pito entender algo que no iba a usar nunca. Dio media vuelta y se fue, encogiéndose de hombros e insinuando un “ma, si” con la mano (hasta los gallegos tienen gestualidad italiana en Argentina). Durante mucho tiempo recordé esa anécdota con sana envidia. Envidia de alguien que había sido testigo de cambios radicales en la historia de la humanidad (las grandes guerras, la televisión, la llegada del hombre a la Luna, la videocasetera). Todo eso en el lapso de la vida de un hombre.

Una experiencia por la cual no creí nunca poder transitar. La pifíe fiero. También fallaron muchos escritores de ciencia ficción tratando de pensar el futuro (salvo notables excepciones como George Orwell y el gran Philip Dick). Ya lo había dicho irónicamente el físico Niels Bohr: “Es muy difícil predecir lo que va a suceder, sobre todo tratándose del futuro”.

Hoy nuestra cotidianidad está regida por la ineludible presencia de pequeños objetos y aplicaciones que gestionan y hasta rigen nuestra vida. Compramos objetos que seguimos llamando teléfonos, pero sirven para muchas otras cosas. Y ocasionalmente los usamos para llamar por teléfono. Cuando llamamos a alguien, lo más probable es que lo hagamos sin recordar (o, más aún, sin haber conocido nunca) su número de teléfono. Crecí en épocas en las que recordar un número asociado a una persona o a una casa era una habilidad, o más bien una necesidad. Hasta llegábamos a identificarnos por el número de teléfono. Páez se describió como “el chico que

jugaba a la pelota, del 49585”. Hoy toco “mamá” en la pantalla de mi teléfono, que llama a un número al cual mi madre me responde. ¿Por qué un número es sinónimo de “casa”? ¿Cuántas nuevas habilidades ganamos perdiendo otras por la falta de necesidad?

En una reunión de amigos alguien mencionó una aplicación novedosa para smartphones que permite hacer una reserva en cualquier restaurante o bar. Pero no estamos hablando solamente de prefiar día, hora y número de comensales, sino también de elegir el menú, de manera tal que uno puede llegar y no tener que esperar para empezar a comer. A las 21.25, la pinta de cerveza y las papas con cheddar estarán en la mesa 7 cuando hayas llegado. El encanto inicial que despertó la aplicación en el grupo se convirtió rápidamente en desilusión: ¿y los mozos?

Un mozo (o una moza) no es la persona encargada de traer el plato a la mesa. Un mozo es la persona que no necesita traer la carta para recomendar un plato, no necesita ir a la cocina para consultar lo que



queda disponible ni, mucho menos, para decir por lo bajo “hoy el vacío está un poco duro, así que les sugiero pedir otra cosa”. En Rosario, uno todavía puede encontrar eso en muchos lugares. La Marina (cerca del Monumento) es uno de ellos. Cada lector tendrá seguramente un lugar y un mozo de cabecera.

Los mozos no anotan el pedido. Alo sumo vuelven a preguntar algún detalle antes de traer los platos, para asegurarse de entregarlos correctamente a su destinatario. Como mucho, pueden usar una libretita minúscula, pero no una mini-Tablet que envía el pedido a la cocina.

Un buen mozo no necesita ser sonriente ni amable. Abundan los mozos carentes de simpatía, pero no por eso son faltos de empatía con el comensal. Hace un par de años, estábamos con mi hijo y un amigo en el Ristorante Mattozzi, en Nápoles, una pizzería histórica fundada en 1833. Nos atendió un mozo de más de setenta años, vestido a la vieja usanza y con cara de pocos amigos. Pedimos unos *spaghetti alle vongole*, ante lo cual el mozo (que bautizaré “Beppe”) movió los bigotes explicitando su desagrado y nos respondió parcamente: “No. Ustedes no quieren eso. Ustedes quieren comer la *pasta con gallinella*, y antes les traigo unas entradas”. Mientras tratábamos de esbozar una respuesta, Beppe se fue y volvió con una bandeja que tenía tres peces muy feos, bocones y con ojos saltones. Tres moncholitos sin bigotes. “No pueden irse de Nápoles sin haber probado esto” (que eran, sin duda, los últimos tres moncholos que le quedaban).

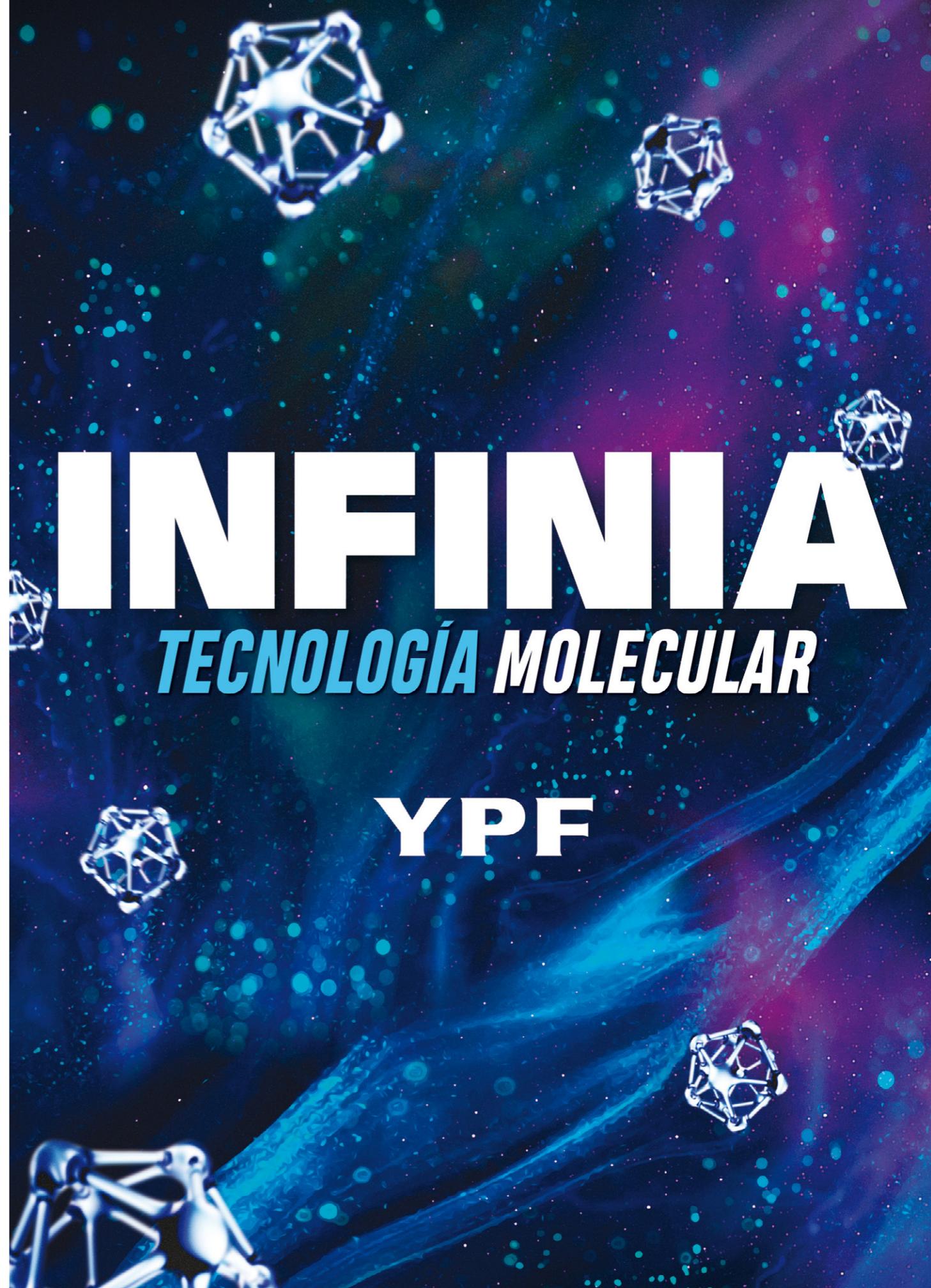
Le dimos el visto bueno, pero le dijimos que preferíamos no comer entrada. En menos de tres minutos nos trajo las entradas que él había decidido. Y después la pasta con los moncholos. Todo estaba buenísimo, pero Beppe decidió todo lo que comimos, manejando el suspenso de la cena como un Hitchcock de la gastronomía. Estaba exquisito. A la mesa de al lado llegó un parroquiano. Se abrazaron y Beppe (sin preguntar nada) le trajo una pizza. Todo dicho.

Un mozo tiene códigos. Una noche de verano en el Trastevere fuimos cenar a la Osteria da Zi’ Umberto. Todas las mesas estaban llenas y había cuatro o cinco personas esperando. Pregunté a un mozo cuánto tiempo había de espera. Me dijo: “Hablá con Vanni”. Vanni iba y venía por las mesas con la bandeja cargada de cosas, supervisando todo. Tomó mi reserva al mismo tiempo que atendía una mesa y me dijo: “en cuarenta minutos”. Pregunté si era necesario quedarse esperando ahí, o podíamos ir a dar una vuelta, y respondió: “los espero en cuarenta minutos”. Regresamos a los cuarenta minutos puntuales, ya famélicos y frente a un panorama casi trágico. No solamente seguía lleno, sino que había una cola de más de veinte personas. Vanni nos miró desde lejos, asintió con la cabeza, fue al costado del negocio, trajo una mesa plegable que abrió frente a nosotros y frente a las miradas furiosas de la gente haciendo cola. Antes que nos pudiéramos sentar nos dijo: “Les recomiendo las flores de calabaza fritas y *saltimbocca alla romana*”. Si están en Roma, ya saben dónde ir.

A un mozo le importa lo que trae a tu mesa. En Abarrote pedimos el café de rutina después de haber comido. El mozo tardó demasiado. La clásica demora de un olvido, que no presagiaba un buen café. Cuando pedimos la cuenta para irnos resignados, el café estaba llegando. Fue uno de los mejores cafés que tomé en Rosario. Cuando se lo agradecí, el mozo respondió: “Soy un enfermo del café, y lo hago como me gusta tomarlo, y eso se logra con un goteo lento”. Un mozo puede lograr que un comercio se convierta en tu casa o la casa de un amigo.

Podemos perder el uso de la agenda telefónica de papel, pero ¿queremos reemplazar al mozo por una tablet a la entrada de todos los bares y lugares de comida? ¿Estamos frente a un oficio a punto de desaparecer, como el deshollinador, el vendedor de golosinas en el cine, el tipógrafo? Ser mozo es más que un oficio, es un arte que convierte un café o una cena en un goce distinto. No podemos permitirnos perder a los mozos. No podemos permitirnos perder algunas habilidades que nos alejan como personas. Y que conste que lo digo por puro egoísmo.

Por eso a pesar de mi dependencia y pasión por la tecnología, hoy quiero encogerme de hombros como Magencio frente a la videocasetera, ir al café de Pellegrini y San Martín y que Alejandra, la moza, nos mire con cara de: “¿Lo de siempre?”. Miradas reales, la presencia palpable de alguien querido compartiendo la mesa, el olor del café haciéndose, sin mediaciones, sin apuro. No negocio.





El nuevo libro de  
Virginia Ducler

Disponible en nuestra web  
[unreditora.unr.edu.ar](http://unreditora.unr.edu.ar)

PATRICIA SUÁREZ, NARRADORA Y DRAMATURGA

## “Escribo como una nena, me divierto escribiendo, lo disfruto”

Prolífica, desprejuiciada, incansable, la escritora rosarina que ya hace años vive en Capital Federal cuenta su experiencia, pone al placer como centro del oficio y habla del amor por la ciudad donde nació y en la que quiere ser sepultada. “Acá en Buenos Aires te pasa algo y no se te acerca nadie”, confiesa

Por Edgardo Pérez Castillo

Fotos: Nora Lezano



El mensaje llega pocos minutos después del encuentro virtual. Patricia Suárez ya no aparece en pantalla cobijada por su biblioteca, esa que escapa al concepto de decorado para mostrar su esencia de realidad: atiborrada, con obras que rompen el orden vertical, que se superponen y empujan; libros vivos. La entrevista culminó en pantalla pero es la dramaturga y escritora rosarina la que retoma parte de lo dicho con un texto que se presume urgente, necesario: “Hay algo que no te dije y que es importante. Y si te lo decía me ponía a llorar. Yo anhelo volver a Rosario, trabajando. O estar allá de más grande y venir a Buenos Aires solo a trabajar. Mi mamá paga el cementerio El Salvador (un panteón, creo, de nuestra familia). Yo espero que me entierren ahí”. No es necesario escuchar su voz para entender que no hay allí un espíritu de tragedia sino, y por sobre todo, un arraigo, una esencia que la sigue vinculando a la ciudad que la vio nacer, pero que debió dejar hace ya casi veinte años.

Porque fue en Buenos Aires donde Patricia Suárez se convirtió en madre y es allí donde su hija crece. En aquella inmensidad urbana sacó provecho del anonimato para lograr ser respetada sin los condicionamientos propios de la Rosario pueblerina. Fue en esa enorme colmena (figura que toma prestada de *La cabeza de Goliath*, de Martínez Estrada) donde hace poco menos de una década se reencontró con el amor, donde en octubre de 2018 formalizó el vínculo al tomar como esposo al director teatral Claudio Aprile.

Sin embargo, una y otra vez, Rosario. La ciudad y sus recuerdos. Rosario y sus bibliotecas: Empleados de Comercio, la Vigil, Argentina. “Todavía me acuerdo el número de carnet de la Biblioteca Argentina, donde me asocié a los 12 años: 28.919. Esas bibliotecarias fueron maravillosas conmigo, fantásticas. A veces todavía sueño que voy a la Biblioteca Argentina”, dice.

Rosario soñada.

\*\*\*

En dictadura, en la escuela católica a la que asistía, la niña Suárez tenía como maestra predilecta a la de Economía Doméstica, que le permitía leer y escribir a gusto, obviando las enseñanzas, a cambio de mantenerse en silencio. Inspirada por las aventuras de la joven detective Nancy Drew, comenzó a reformular las historias poniendo a sus compañeras como protagonistas. Con apenas once años, aprendió para siempre “el poder adictivo que tiene la lectura”.

Y de mano de la adicción, el delito también tocó las puertas de la familia Suárez: consciente de la poca atención que se le prestaba a la biblioteca familiar, Patricia se lanzó a un operativo con destino de canje. “¡Hace poco lo vi en terapia! Mi papá, abogado, compraba la revista La Ley, que se encuadernaba, y mi mamá tenía libros de pedagogía, cómo criar a tu hijo, esas cosas.

Como yo obviamente no tenía muchos libros propios, a los doce años sustraje algunos y los llevé a Cacho Libros, que estaba en Corrientes y 9 de Julio, atendía Cacho, un personaje, siempre con un puro en la boca. Los primeros libros que compré ahí, de mi biblioteca personal, fueron La interpretación de los sueños de Freud y El exorcista de Blatty (hace poquito encontré en una librería esa misma edición y me la volví a comprar). Como no podía ir al cine a ver la película, entonces lo leí. Esos fueron mis primeros dos libros. Obvio: ítem de terapia! Después mi papá en algún momento me preguntó si les robaba libros, algo que le negué... no eran lectores apasionados, no era la lectura lo que más les interesaba, entonces probablemente les era indiferente. Y tampoco ejercían un control sobre el material a leer. Lo que sí me acuerdo es que a mis quince años fuimos con una amiga a la librería Ross a comprar el Kama Sutra para ver de qué se trataba. No nos lo quisieron vender, entonces les explicaba que yo había leído que tenía que ver con el folklore de la India, pero no, nos dijeron que éramos muy chicas. No era el Rosario de hoy, tenía alma de pueblo en el sentido de que en los ambientes, en los oficios, todo el mundo se conocía entre sí. Supongo que los libreros tendrían el acuerdo tácito de que eso no se le vendía a un chico”.

**-El primer libro que te compraste fue La interpretación de los sueños. Años después estudiaste Psicología y Antropología. ¿Cuánto de eso te ayudó a tu labor y oficio para construir personajes?**

-Antropología hice muy poco, el año común y uno más, después se cayó el techo de la Facultad, se suspendieron las clases ese año y dejé. Y Psicología estudié como cuatro o cinco años hasta que tuve una crisis vocacional en la cual mi papá casi me mata. Casi no tengo recuerdos de las personas con las que estudiaba, pero sí recuerdo el trabajo que conseguí en aquella época y que para mí fue como tocar el cielo con las manos: fue en La Copia Fiel, una librería que estaba por calle Entre Ríos. El dueño era Ricardo Scagliola, quien me decía que tenía que leer para poder vender, entonces leía todo. Después me pasaron adentro de la Facultad de Psicología con la librería, y leía muchísimo material que tenía que ver con la psicología. Y sí: además de tener muchos años de terapia, hoy creo que no puedo pensar un personaje sin recordar esa formación, todo el tiempo me aparece.

El recorrido universitario de Suárez finalmente hizo eclosión en una clase de Epistemología del Sujeto III. “Era una clase muy temprana a la mañana, donde la profesora iba hipermaquillada y tenía como ayudante de cátedra a un chico de veintitrés años que era un erudito. Ese día, la profesora dijo: «Cuando estén en el consultorio y se encuentran frente a una histórica, la van a poder diagnosticar rápidamente porque la histórica es muy...

es muy...». Y hacía un gesto con las dos manos hacia adelante del pecho. Y el erudito hacía lo mismo... ¿Es muy qué? ¿Tiene mucha teta, es extrovertida, es muy de caerse? ¿Es muy qué? Y hasta ahí llegué: si a un lugar al que uno va a buscar palabras no hay palabras, entonces no hay nada. En ese momento decidí que no quería seguir ahí, estuve trabajando un tiempo más en la librería y hasta ahí llegué”

**-Te fuiste a buscar la palabra...**

-Sí. En ese momento éramos muy amigos con Patricio Pron y entonces hicimos una revista totalmente independiente, plegable, donde hacíamos unos textos horribles. Yo nunca había ido a un taller literario porque me daba mucha vergüenza, Patricio sí, y escribía mejor. Patricio abrió una puerta para que escribiéramos bibliográficas de tango en La Capital (por el honor, por supuesto). Escribimos más o menos durante un año, y fue una buena experiencia: el periodismo es un gran puente hacia la literatura, es un lugar donde aprendés a escribir qué es más importante, qué debe ir adelante, qué hacer con las oraciones subordinadas. Realmente es una enseñanza sobre la forma muy importante. Después una vez llevé a Rosario/12 un texto, *El gato*, que considero mi primer cuento (había escrito como cien y siempre los tiré, hasta que con *El gato* sentí que realmente funcionaba). Ahí hay una discusión entre Horacio Vargas y Reynaldo Sietecase porque los dos dicen que fueron el primero que lo recibieron (risas). En realidad el que me abrió la puerta fue Reynaldo, que se lo llevó a Horacio que estaba en el escritorio y decidía qué se publicaba. Y me animé a llevarlo porque soy medio prima de Pablo Feldman (más prima del corazón que sanguíneo, porque nuestras familias son amigas). Rosario/12 fue un espacio superclave para escribir ficción, porque lo que venía haciendo en La Capital eran bibliográficas puras y duras sobre tango.

**-Antes mencionabas lo que significaba ser escritora en Rosario. Con poco más de treinta años, ya habiendo ganado distintos premios, decidiste irte a Buenos Aires. Hoy en día, sobre todo a partir de las tecnologías a las que nos habituamos absolutamente en pandemia, las distancias se leen de otro modo. ¿Qué posibilidades te daba Rosario en ese momento y qué sucede hoy con la ciudad en cuanto a las oportunidades para desarrollarte como escritora?**

-En aquel momento sentí que había llegado al techo de lo que podía hacer: seguir dando pequeños talleres... En (la editorial) Beatriz Viterbo tenía las puertas cerradas (nunca me habían mirado de manera complaciente porque no formaba parte del círculo académico). El único lugar donde podía publicar era en Homo Sapiens con Perico Pérez, con las dificultades que tiene una editorial del interior, o con Bajo la Luna dirigida por Mirta Rosenberg, que se estaba trasladando también a Buenos

Aires. Yo había empezado dramaturgia y en Buenos Aires en 2002 habían estrenado *Las polacas*, que yo creía que era una historia super-rosarina que no le iba a interesar a nadie (y después no hubo año en que no se presentara, incluso en el exterior). Pensé que iba a durar dos meses en escena, pero duró dos años, entonces aparecía en La Nación pero como *Patricia Sánchez*: la gente no sabía quién era la autora, esperaban ver a una mujer, no a una chica. Eso estaba muy bueno. Y además en Rosario, como no pertenecía a la Escuela de Teatro, la gente de ese ámbito no me reconocía. Había una descalificación y me di cuenta de que quedarme en Rosario era seguir peleando. ¿Qué tiene Buenos Aires? Que acá está todo. Ahora porque está la pandemia, pero si no vas a una fiesta donde está un editor, a una presentación, hay cosas todos los días y podés conectar con personas que te interesa que lean tu material. Acá hay revistas, canales de televisión... es horrible, pero es así. Y Buenos Aires no tiene techo. Todos los años pasa algo con alguien. A mí me pasó hace diez años: había un señor muy mayor, un polaco que vivía en Texas y venía a bailar tango a Buenos Aires con su esposa china. Ve *Las polacas*, se enamora y pide llevar la obra a Estados Unidos: pagó una fortuna por el texto. Eso puede pasar en Rosario, sí, pero es muy difícil. Cuando uno dice que Dios atiende en Buenos Aires, sí, es así: lo milagroso te pasa acá. A nivel profesional, económico, no sé si puedo vivir de esto en Rosario. Lo que sí logré desde hace un tiempo es poder ir todos los años a dar cursos o seminarios a Rosario. Amo a la ciudad, me siento rosarina acá. A Buenos Aires la vivo como la ciudad donde están mis libros, acá, en el departamento que alquilo.

**-Para ciertas visiones, el hecho de estar radicada en Buenos Aires te quita rosarinidad. ¿Qué define para vos esa rosarinidad? O, en todo caso, ¿qué define la pertenencia a un terruño más allá del hecho de nacer en tal o cual lugar?**

-Mirá, ayer estaba tomando un café y en televisión lo vi a Pachu Peña. Estaba vestido normal, pero lo vi y dije: “Qué rosarino que es Pachu...”. O escucho alguna declaración de Fito Páez y digo “qué rosarino que es”. Alguna vez le conté esto a Estefanía, la hija de Eduardo D’Anna, que trabajaba en Cúspide, en Corrientes y Libertad, aunque no se lo dije nunca a Eduardo: en una entrevista que le hicieron, Eduardo dijo algo así como “qué saben Patricio Pron o Patricia Suárez de lo que es Rosario si no viven acá”. Primero: Troilo diría “quién dijo que me fui si siempre estoy volviendo”. Pero por otro lado es una visión muy egoísta, porque en Rosario están mis padres, mi hermana, y yo me fui a los 32 años. La parte que culturalmente nos define mal como rosarinos es la distancia con Buenos Aires, que estemos tan cerca. Después el rosarino se va a Buenos Aires, le va bien, y ya lo miran distinto. Pero el porteño es igual de pajuerano: un tipo se va y dice que estuvo haciendo su obra en Berlín y

los porteños dicen “guauuu, estuvo en Berlín”. ¿Pero en Berlín dónde estuvo? Pudo hacer la obra en un bar, en la calle. Ese pajueranismo nos define como rosarinos, pero también como argentinos. Pero en Rosario hay mil cosas: todavía la gente te fía, te sonrío. Te lo digo y me emociono... Acá en Buenos Aires te pasa algo y no se te acerca nadie, cuando allá todavía es natural ir a ayudar. Quizás lo tengo idealizado, pero siento que hay una enorme diferencia para vivir.

\*\*\*

Luego de sus primeras publicaciones en medios gráficos, Suárez comenzó a tomar clases con Hebe Uhart y con el dramaturgo Mauricio Kartun. El camino estaba decidido: desde entonces, la autora rosarina alimentó un recorrido amplio, prolífico, premiado. Aún hoy, los proyectos brotan sin condicionamientos. Suárez es una autora que encuentra placer en la escritura, y en los desafíos. Y son pocos los límites, según aclara: “No me gusta escribir ensayos, porque implica una cabeza mucho más racional, una cabeza mucho más fría. Eso no lo volvería a hacer. Pero este año por ejemplo sale una novela romántica (*Segunda chance*). Me divierte el género. Me pasó que no podría escribir teatro, me producía muchísima tristeza (más después de la muerte de Jorge Ricci y Rafael Bruza), entonces tomé obras de teatro que me interesan y trasladé esas ideas a la narrativa. También va a salir otra novela policial sobre dos mujeres que se comen a un hombre. Me gustaría ahondar cada vez más sobre los géneros y menos sobre literatura *mainstream* argentina, que me parece que está atravesada por muchos factores de orden político, no solo político partidario sino de política editorial. Si te fijás, los grandes premios internacionales son para autoras que pertenecen a las editoriales monopólicas, específicamente a Planeta y Random House. Esos circuitos de la literatura *mainstream* nos hacen mal a todos los escritores. Prefiero ahondar en el género literario, ciencia ficción, terror, policial, romántica. Que esto vaya como esperanza para todos: todavía existen las posibilidades de editar dentro de esos géneros, y hacer lo principal que tiene que hacer un escritor, que es escribir y editar, en vez de estar peleándose por un premio donde sabés que en realidad el premiado hizo lobby con un ministro de Cultura”.

**–En relación a la diversidad y la posibilidad de incursionar en distintos géneros: la diversidad también genera ciertas incomodidades, desconciertos para quien busca o edita. Podrían preguntarse de qué escribe Patricia Suárez, ¿del orgasmo femenino o para las infancias? ¿Teatro, cuentos, novelas? En este sentido, ¿la diversidad te**

**ha representado algún conflicto?**

–¡A mí me va mal! Yo publico mucho y amo escribir, es lo que más feliz me hace en la vida. Pero me representa muchísimos conflictos. Cuando en 2003 gané el Premio Clarín de Novela me llamó Guillermo Schavelzon para representarme, pero después me dijo que escribía demasiadas cosas, que no podía controlar eso. Entonces: no tengo un agente que sepa que me va a poner por encima de casi cualquier escrúpulo. Al escribir muchas cosas perdés libertad. A mí no me conviene sacar más de dos libros por año. Hubo un momento en que escribía más literatura infantil y me lo decían claramente en Alfaguara: “¿Cómo podemos editarte acá un libro sobre una ovejita cuando sacaste uno sobre una vaca en una editorial independiente?”. Cuando estudiaba con Hebe Uhart, ella me daba un consejo: “Si vos querés que te traten bien, editá en editoriales chicas”. Ella hizo toda su carrera en editoriales mínimas y recién a los sesenta y pico fue editada por Alfaguara y descubierta por Adriana Hidalgo. Es así: editás en editoriales chicas y tu libertad es respetada. Sé que Liliana Ruiz de Baltasara Editora pelea un montón los espacios en las librerías, en los diarios, con una garra envidiable. Son las editoriales pequeñas, pero apenas pueden subsistir ellas, entonces imaginate si podrán pagar un derecho para que pueda subsistir un autor... No sé cómo será en otros países, pero Argentina tiene esto de que si publico mucho no me van a comprar y si publico poco no vivo. Entonces hay que hacer muchos géneros literarios.

Ese abordaje a múltiples géneros y lenguajes Suárez lo lleva adelante con una premisa básica: “Escribo como una nena, me divierto escribiendo, lo disfruto. Esto lo aprendí de García Márquez, si sale mal lo tiro a la basura, y si sale bien lo pasé bárbaro escribiendo. Esto es lo que define a los escritores, ¿lo pasás bien cuando escribís o cuando recibís la plata y el premio? Si lo pasás bien en la segunda instancia, podés tener mucha suerte, ser reconocido, pero hay algo de lo interno, de tu pasión, de tu alma, que no va. Podés ganar el Alfaguara pero no lo vas a trascender si no sos querido por lo que escribís. Y el amor es fundamental, como es fundamental la persona que te siga el tranco”.

**–Se habla frecuentemente de la aparición de la inspiración, o de buscarla a partir de la conducta de sentarse a escribir durante una cierta cantidad de horas. Vos planteás otra posibilidad: la del placer y el deseo en la escritura. ¿Qué te guía para llegar a un texto que sentís resulta publicable?**

–Yo anoto mucho, tengo cada vez más libretas. Ahora quiero escribir una obra para un concurso y no pasa nada, no lo encuentro, no se puede. Lo mismo con los cuentos: se tiene que disparar el deseo. La inspiración es eso, el deseo de escribir

un cuento. Eso puede llevar muchísimo tiempo. Hay textos que te emocionan y otros que decís “qué hice”. Por ahí tenés tres o cuatro textos, pero la imaginación tiene un límite. En mi caso, después de escribir un libro, para empezar a escribir otro, u otro cuento, tengo que leer cuatro o cinco libros, ver series, películas. Ahí es donde se vuelve a cargar la batería. Pero para mí es sobre todo leer, si no, no puedo escribir.

**–¿La selección de esas lecturas está asociada a lo que estás por escribir?**

–Mi primer psicólogo decía que ser escritor es hasta el hecho de subirte a una escalera a revisar dónde tenés los libros. Irse a comprar los libros es ser escritor. En mi caso: si quiero escribir ciencia ficción armo una pila (Ray Bradbury, Philip Dick) y después me acuerdo que tengo una National Geographic que habla de Tutankamón y me pongo a leer eso. Leo todo. Me sentía una idiota, hasta que una vez fui a entrevistar a Angélica Gorodischer para una inauguración de la Feria del Libro y ella decía que hay que leer todo. Porque uno no sabe si eso que está leyendo en una revista científica no te va a disparar después para un cuento. No sabés de dónde viene. Por más que uno haga talleres, trata de acompañar a los alumnos con una enseñanza técnica de lo literario, la verdad es que sigue siendo misterioso. Y a Dios gracias.

**–Como todo está resguardado en algún lugar,**

**¿no ocurre que te volcás al placer de escribir para después darte cuenta de que es igual a algo que leíste, que te estás robando un párrafo, una idea?**

–No, eso no me preocupa. En algún momento sí me preocupaba pensar: “Este es el principio del fin”. Es una frase que he repetido mucho. Un escritor del siglo XX decía que entre los 40 y 50 es cuando un escritor produce sus mejores obras. Pero claro, en esa época te morías a los 70. También tenés que tener cierta experiencia de vida, es difícil que un escritor conmueva con su novela a todas las generaciones y tenga 18 años. Podemos pensar que ahora se corrió la cosa y lo mejor vendrá entre los 50 y 60. Pero me da un poco de terror pensar que llegará un momento en que garrapateo cualquier cosa y la suben a escena igual. Espero que no me pase esto de empezar a escribir mal por la edad, por lo que fuere. Que pierda habilidad para escribir y no poder concientizar cómo el paso del tiempo afecta tu escritura. O esta gente que pierde vigencia, escribiendo textos viejos que no se leen más, que pasa con un montón de escritores que han envejecido.

**–Pero allí también aparece la cuestión de buscar mantenerse activo, abriéndose incluso a nuevos lenguajes.**

–Sí, es algo que aplica para un escritor, un bailarín de tango o un periodista: tenés que ser flexible. Poder flexibilizarte para poder escribir. Es lo que te mantiene vivo.



## CAPITAL NACIONAL DEL HELADO ARTESANAL

## Una pasión rosarina

Este postre exquisito es parte de la identidad de la ciudad, reconocida en todo el país y también en el exterior por la alta calidad de sus helados. Desde los tradicionales dulces de leche, chocolate y frutilla, el arco de gustos se prolonga hasta los más exóticos, demandados por un público tan conocedor como exigente. La actividad, además, es una importante fuente de trabajo. BARULLO hizo una exploración en procura de revelar sus secretos

Por Mauro Aguilar

Fotos Sebastián Vargas

### Amarás al helado por sobre todas las cosas

Dios está en todas partes, pero cuando quiere tomar helado, atiende en Rosario. Declarada el 13 de febrero de 1999 “Capital nacional del helado artesanal”, la ciudad es desde hace largo tiempo la tierra prometida para los amantes de este producto. Los devotos rosarinos lo veneran: cada habitante consume en promedio nueve kilos por año, el doble de lo que se registra en otros lugares. Hay doscientos cincuenta locales para atender la constante apetencia de los feligreses, número también inédito si se lo compara con otras localidades. Las fábricas locales son unas sesenta. El chocolate y el dulce de leche, con sus distintas variantes, pican en punta al momento de pedir en el mostrador, pero lo tradicional convive desde hace largo tiempo con nuevas propuestas. No fue necesario que nadie le reclame a la congregación de heladeros que “salgan y hagan lío” con los sabores

para que en las pizarras aparezcan la crema con rosa de Jamaica, el roquefort, el romero con limón, los hongos de pino o la pimienta negra. El helado es, en Rosario, una pasión. Clásica y moderna.

Pero, ¿qué ha convertido a la ciudad en la meca de este postre que atraviesa generaciones, razas y credos? Las razones son múltiples. Puede pensarse en la tradición, en el elevado

consumo per cápita y en la cantidad de bocas para el expendio. Pero hay más. Existe, también, una historia con hitos comerciales. Solo a modo de ejemplos puede mencionarse que Rosario fue la primera en comercializar el candy o en imponer, a través de una firma propia como La Montevideana, el postre helado en los restaurantes de todo el país. Puede exhibir además la inalterable calidad del producto, en



muchos casos facilitada por el acceso a algunas materias primas de excelencia elaboradas en la zona. La vaca está atada. Y cerca.

Todos estos antecedentes le han permitido ganar el duelo en el ring de la Legislatura nacional frente a rivales como Córdoba y Tucumán, provincias que pretendían para alguna de sus principales ciudades el rótulo de “capital”. El lobby fue fuerte. El 23 de septiembre de 1998 se aprobó finalmente en Diputados el proyecto en favor de Rosario. Recién al año siguiente, con la autorización de rigor del entonces presidente de la Nación y de su ministro del Interior, se le dio la bendición definitiva a la ciudad y a uno de sus productos insignia. Carlos Menem y Carlos Vladimiro Corach firmaron el decreto. No hay registro de si la celebración posterior incluyó pizza con champagne o, teniendo en cuenta que la rúbrica fue a mediados de febrero, el riojano y su colaborador se inclinaron por compartir un pote de kilo con medio de pistacho y otro tanto de crema rusa.

“Dicho auspicio se fundamenta en la numerosa radicación industrial relacionada con su producción”, justifica el texto de la Legislatura. “La medida obrará como estímulo de la actividad e incidirá complementariamente en el desarrollo económico creciente de la región”, añade antes de cerrar con el artículo 2, reservado para ordenar

que el texto se comunique, se publique y se archive. La redacción formal no permite que la norma se interne en incómodas recomendaciones o advertencias sobre la crema mocha, el sabayón al malbec o la banana split.

### Desearás el helado de tu prójimo

¿Qué diferencia al helado artesanal de los industriales? La ordenanza 8.665 del Concejo Municipal sancionada el 11 de julio de 2012, que entre otras medidas lo instituye como el “postre local”, lo define como un producto que para su elaboración utiliza “fundamentalmente productos naturales de origen con ausencia de grasas trans” y donde el factor predominante es “la intervención personal para la obtención de un resultado final individualizado que no se acomoda a la producción industrial mecanizada o en grandes series”. Suena bien. Salgo a peregrinar para comprobarlo con los que saben.

Catania tiene una extensa historia iniciada por José Capitano, un italiano nacido en Sicilia que luego de la Segunda Guerra Mundial vendió dos mulas y un caballo para venir a la Argentina e iniciar una indisoluble relación con la elaboración del helado. Esa tradición la continuó su hijo Salvador, reconocido entrenador de fútbol, pero al mismo tiempo un orgulloso heladero que apostó por

seguir el camino marcado por su padre: corazón y pases cortos para expandir lo que en 1967, cuando don José se instaló en la esquina noreste de Avellaneda y Zeballos, era un pequeñísimo local. Hoy es, dentro del rubro, el comercio más antiguo de los que continúan en actividad en Rosario.

Capitano sabe que defiende –con línea de cuatro, con líbero y stopper o, de ser necesario, también hasta con los dientes– un legado y un sabor reconocido en toda la ciudad. “Esto es fácil. Vos encontrás mil recetas en cualquier lado. Hasta en Internet. Lo importante es tener conciencia y el amor propio de decir «mi helado es el que quiere la gente». Acá tenemos la mejor mercadería y la calidad no se baja. Y al hacerlo no le despreciás nada. Eso, y también la calidad en la atención, es innegociable”, advierte como si estuviera arengando a un grupo de jugadores a punto de salir a comerse la cancha. O el helado.

Ese orgullo por elaborar un producto de excelencia no son solo palabras. Basta ver su mirada cuando me manda al lateral para que pruebe el “chocolate aniversario” o el “limón ecuatoriano”. Capitano se para y observa con atención. Me toma una radiografía mientras mi paladar da brinco, como si terminase de convertir un gol en el minuto postrero. Tiene claro cuál será el veredicto, pero disfruta al escucharlo. “Espectacular”, le digo después de sostener unos

segundos la primera cucharada en la boca. Me parece verle el gesto de satisfacción, aun sabiendo que jugaba con una carta ganadora. Él sabía que yo sabía que él sabía que tenía un ancho de espadas. Antes de abandonar ese templo sagrado me persigno. Yo sé que él sabe que yo sé que volveré.

Ciro Cacciabue, presidente de la Cámara Industrial y Comercial del Helado Artesanal (Cicha) y titular de Bajo Cero, una firma que inició sus actividades en 1968 y cuenta con dieciséis locales en Rosario y la región, asegura a **Barullo** que a pesar del aumento en algunas materias primas, de los insumos importados o del impacto que provocó la pandemia, el heladero artesanal tiene la convicción de “no tocar la calidad de su producto”. Y si lo hace, asegura, “es para mejorarlo”, aun cuando los costos respecto de la elaboración industrial son mayores.

“Normalmente el helado artesanal, en el mismo volumen, pesa bastante más. Entre un veinte y un treinta por ciento más. Porque tiene un veinte o un treinta por ciento más de materia prima. No se utiliza aire para inflarlo. Eso hace a la calidad”, resume. El sector escapa de los atajos que ofrecen, por ejemplo, colorantes, esencias, conservantes, polvos o pastas de origen químico. Utilizarlos es, sencillamente, un pecado.

Titular de las heladerías Trinidad, en el rubro desde fines de los años setenta, Juan Perrone sostiene que la calidad de lo artesanal se explica también por el tiempo de elaboración que se le dispensa a esa clase de producto. “Un buen helado lleva su maduración. Son siete, ocho, doce horas –detalla–. De acuerdo a la maduración que le quieras dar”. Esperar es clave. Ya lo decía un sabio oriental: “Los paladares exigentes, como cualquiera que concurre a un consultorio médico, deben saber cultivar la paciencia”.

## Caerás en la tentación de los nuevos sabores

Touche de Creme es algo así como un templo budista. Me llama la atención que, al ingresar, no me sugieran dejar el calzado en un costado. Se respira calma en el salón, despojado de mesas y de sillas. Se habla de música y de las lecciones de yoga y de vida aportadas por Mohan Lull, inspiración también para la cocción de nuevos sabores. El comercio, ubicado en Zeballos al 900, es una microempresa familiar manejada por el matrimonio que conforman Carolina Madrid y Manuel Krichman, con quienes trabaja Tommy, uno de sus hijos. Es un negocio de elaboración gourmet y de baja escala en el que, según admiten



sus dueños, no necesitan que “entren tres mil personas por día” como sucede en un local del mismo rubro ubicado, por ejemplo, sobre avenida Pellegrini. “Con cien estamos bien”, asegura Manuel.

Esa cantidad no es antojadiza: tiene que ver con una elección de vida y con un formato de negocios que idearon y que la clientela acompaña fielmente desde que se instalaron allí, en 2013. “Como en todo lo que es gastronomía la gente valora lo pequeño, lo artesanal”, explica Carolina.

“Nuestro sistema de producción no es el tradicional. No se fabrican diez baldes de chocolate y se almacena en una cámara. La idea es que siempre haya helado recién hecho. Para que te des una idea: Grido fabrica en una hora

más helado que nosotros en todo el año”, compara Manuel, quien aprendió el oficio cuando era pequeño. Su abuelo, nacido en León, España, trajo sus conocimientos y comenzó a elaborar y vender helados en Zavalla a comienzos del siglo XX. Manuel se sumó a esa aventura comercial siendo muy chico y, como si fuera un alquimista, tomó de él las tablas para comenzar a elaborar sus propias fórmulas.

Touche de Creme apuesta a lo tradicional, pero permitiéndose convivir con alternativas más exóticas: variantes de chocolate, frutilla o dulce de leche que comparten cartelería con la crema chai –pariente del té hindú compuesto por especias como el cardamomo, la canela, el jengibre, el anís, el clavo de olor y la vainilla–, la crema de pimienta negra, el chocolate picante o la ricota con frambuesa. “Se puede hacer un helado de todo”, aclara Manuel.

Es parte de una apuesta que se extendió en la ciudad en los últimos años y que permite encontrar cartas y comercios que incluyen gustos florales, cremas con aceto balsámico, roquefort, Campari o mate cocido.

Más allá de lo clásico o de las nuevas búsquedas, en Touche de Creme plantan una declaración de principios. “Hacemos hincapié en que los sabores sean sutiles –explica Manuel–. Detesto que un dulce de leche sea empalagoso. No es un mérito hacer un dulce de leche o cualquier gusto que te sature la boca. Nuestra prioridad es lograr sabores sutiles”. La cata de sabores a la que me someten es un desafío para el paladar, a punto de entregarse irremediamente a los brazos de la gula.

Capitano y Krichman, dos puntas de un mismo lazo, cuentan que fueron tentados reiteradas veces para replicar sus locales, abrir franquicias, extender el éxito comercial. Incluso en el extranjero. Ambos dijeron que no, convencidos de que multiplicarse era diluir la calidad de sus productos.

Lograron escapar incluso a la tentación del dinero. Ya lo dijo, en sabia reflexión, el mismo sabio oriental que discurrió sobre la cuestión de la paciencia: “El helado no se mancha... La ropa, sí”.

## No pedirás sabores en vano

Perrone asegura que la santísima trinidad del helado la integran el chocolate, el dulce de leche y la frutilla. “Temporariamente van picando algunos sabores. Hace algunos años, por ejemplo, el maracuyá tuvo un momento de alza. El tiramisú o el mascarpone son dos sabores que se instalaron. Pero en general el grueso que come helado marcha sobre sabores tradicionales”, concluye.

Las nuevas generaciones, mientras tanto, abandonan viejos clásicos –el quinoto, la crema rusa o de almendras– buscando otras alternativas. “Antes el sabayón era el sabor y ahora la gente joven no lo consume. Se vende, pero en un segmento”, aporta Cacciabue. “El dulce de leche granizado, en mi caso, es el que más se vende. Y tenés seis, siete o diez gustos que entran un año y salen el otro”, añade. Algo así como un hit del grupo Loco Mía, que la rompe un verano y desaparece en el próximo.

La carta de una heladería tiene, en promedio, unos sesenta sabores. Capitano explica que las bases con dulce de leche o chocolate, a las que luego se les pueden ir sumando otros sabores o elementos, “son las que más salen”. En Touche de Creme confirman que el dulce de leche “se pide mucho” y que en Rosario se consume, en general, gran cantidad de frutilla, aunque no tanto en el local que ellos manejan.

## Consagrarás al helado un día de celebración

En 2010 los comercios del rubro libraron una batalla ante el

amenazante arribo de Grido, firma que pretendía instalar 70 locales cuando en la ciudad existían en aquel momento 193. De aprobarse la avanzada, el 36,2 por ciento de ese tipo de comercios iba a pertenecer a la firma cordobesa. El David artesanal consiguió el respaldo del Concejo Municipal, no para vencer al Goliath industrial, pero al menos para sosegar sus apetencias. La ordenanza 8664, aprobada el 29 de septiembre de aquel año, impuso a Grido un tope para las aperturas que no puede superar el diez por ciento del total de locales existentes. La norma aceptaba que los deseos expansivos de Grido constituirían “una amenaza para la subsistencia de un importante número de



pequeños comerciantes dedicados a la actividad”. El rubro emplea hoy, solo en fábricas y bocas de expendio, a 3.200 trabajadores registrados. Una bocha de gente.

Rosario parece no quedarse quieta, a pesar de los reconocimientos. En los últimos años buscó sumar a la tradición y a la calidad de sus productos un paquete de normas y acontecimientos que respalden el rótulo de “capital” otorgado por el Congreso nacional. En 2012 se dispuso la creación del Instituto del Helado Artesanal, estableciendo protocolos de elaboración y controles de calidad periódicos. Se diseñó, además, un mapa oficial que permite a los clientes recorrer los distintos locales, estaciones que en la práctica

funcionan como pequeñas sucursales del paraíso.

Los heladeros, nucleados desde el 15 de febrero de 1982 en la Cámara Industrial y Comercial del Helado y Afines –rebautizada en noviembre de 1999 con la sustitución de los “Afines” por el “Artesanal” –, tienen una carta amplia de sabores, pero también de proyectos para trabajar junto al Ejecutivo municipal y el Concejo. Quizás el más ambicioso apunta a organizar la fiesta nacional. La idea permitiría promocionar las cremas heladas de elaboración local, pero al mismo tiempo abrir una puerta al turismo. ¿Quién no se lanzaría a peregrinar unos kilómetros para llegar a la tierra prometida del helado?

“Acá hacemos hincapié en que cada helado y cada gusto tengan una diferencia, que sean un mundo en sí mismos”. La frase le pertenece a Krichman. Está fechada, de acuerdo a mis registros, un jueves húmedo y lluvioso, marzo de 2021. Pero quizás no importen tanto el año ni el autor. La podría haber pronunciado cualquiera de los emprendedores italianos –también, aunque en menor medida, algunos españoles– que llegaron a esta zona a principios del siglo pasado para plantar una semilla. O los empresarios locales que se sumaron con su empuje hasta convertir a Rosario en un polo reconocido no solo en el país, sino también en otros lugares del mundo.

“Aunque parezca mentira, es de lo único que somos capital nacional”, concluye Cacciabue. El rótulo impuesto por una ley nacional, sostenido cada día por miles de agradecidos consumidores, se ha convertido en un reconocimiento y una bandera. La definitiva bendición para una industria y para su producto insignia. Suficiente, por si fuera necesario algún aval extra, para que podamos ir a tomar el helado en paz. Amén.



## La eterna y esquiva cortada Marcos Paz

Es uno de los misterios de Rosario: a pesar de que su designación como “cortada” implica necesariamente la brevedad, ella no hace caso a las definiciones de la RAE y se extiende a través de gran parte de la geografía de la ciudad. BARULLO la recorrió y recuerda su singular historia

Por **Ricardo Robins**  
Fotos **Sebastián Vargas**

Navidad de 2017. Un hombre apuñala a su vecino, un joven que intentó evitar un ataque contra unos chicos que hacían ruido a la madrugada. Un crimen sin sentido, si es que alguno lo tiene. Una noticia policial en La Capital lo refleja. Octavo párrafo. Dice: “Ayer al mediodía los residentes de la cortada más larga de Rosario –como se la conoce a Marcos Paz– amanecieron con la triste noticia”. Punto. Una cortada puede ser una “herida hecha con un instrumento cortante” pero también “una calle corta

y generalmente angosta que suele tener un único acceso”, ambas definiciones de la RAE. ¿No es otro sinsentido que una cortada se convierta en “la más larga” de cualquier ciudad si es, justamente, su brevedad lo que la define?

Marcos Paz, la arteria récord, surge como un imposible que vale la pena explorar. El pasaje comienza sobre Francia entre Mendoza y San Juan, pero no hay ningún cartel que la presente. Las dos casas que custodian su acceso llevan carteles que se reconocen como

parte de la avenida con nombre de país europeo.

Alberto, un hombre que cuida y lava autos en esa esquina, confirma la identidad de la calle. “Sí, esta es Marcos Paz”, dice y sin mucho más que agregar ni ninguna repregunta se decide a llenar el silencio: “Es la cortada más larga de Rosario”. ¿Cómo lo sabe? Hizo trabajos de pintura y de albañilería y le consta que llega hasta Circunvalación: “La conozco de punta a punta”. Sin embargo, unos pasos más adelante ya

se ve el fin de este primer tramo que se agota al 3160, justo sobre la vivienda que fue el taller del escultor Erminio Blotta.

Un pibe que sale a la vereda de una de las casas bajas de la cuadra no tiene idea de quién fue Blotta pero cuenta que ahí vive una señora mayor de carácter especial. Él lo dice con otras palabras. Julio, un jubilado que está sentado en un sillón en el interior de su living y mira desde la reja hacia afuera, aporta algo más, un nombre: “Se llama Norma, es la señora de Blotta”.

Julio asegura que él vive en el lugar hace 35 años y que conoció al prolífico escultor en sus últimos años (aunque Blotta murió hace 45). También recuerda que “se movía toda la casa” cuando pasaba el tren. De hecho, al fin de la cortada, aún perduran los pilotes de acero que separaban las vías de la cuadra. Hacia la derecha de ese límite, o el norte, o la cuadra par, está la casa del artista.

Blotta, nacido en Italia, es autor de unas 700 obras y más de 300 están

en los espacios públicos de Rosario. Bohemio y desprendido, regalaba y donaba la mayoría de sus creaciones, escribió la periodista Beatriz Vignoli, que además es familiar del artista. En su taller de puertas abiertas, donde era visitado por amigos y parientes que se quedaban varios días, en esa casona blanca llena de fiestas pasadas está, efectivamente, Norma. “No, la señora no, yo soy la nuera”, aclara ella, inquieta y desconfiada por la presencia de un otro que hace preguntas. “¿Y a vos quién te manda?”, quiere saber. Su hija, Marcela, se acerca a la puerta. A ella también le parece algo inverosímil la nota, esta nota. “¿Y a vos quién te manda?”, pregunta también. No son un caso aislado en una ciudad que se teme a sí misma. El temor como una sombra, un sentimiento contagioso, casi hereditario. ¿Creerán los niños y niñas de Rosario con un nuevo estado de alerta amargo, con una información genética que sus abuelos no tuvieron?

Al rato, las dos mujeres cuentan algunas cosas sobre la mítica vivienda-

taller. Dicen que donaron todo lo que había quedado en un depósito hace ya varios años: a escuelas, a instituciones. Ya no hay nada ahí salvo la vivienda. “A Dante Taparelli le dimos un busto de Belgrano pero no sé qué pasó”, recuerda Marcela. El actual secretario de Cultura de la Municipalidad confirma que esa última obra está en restauración.

“Hace unos años –sigue Taparelli– quisimos crear «La calle de los encantos» sobre Marcos Paz y hacer venta de garage pero era tan larga que no nos pusimos de acuerdo con los vecinos en dónde hacerlo. Esta es una ciudad muy loca; hay 35 ciudades adentro de una; tiene una historia tan rica y compleja que se va olvidando de generación en generación. Rosario es como un camalote flotando en el río”.

Blotta vivió en ese taller lleno de arte hasta enero de 1976, cuando falleció, dos meses antes del golpe que sembró el terrorismo de Estado y cuyas consecuencias parecen asomar entre las grietas que surcan el frente de la vieja casona y se extienden más allá.

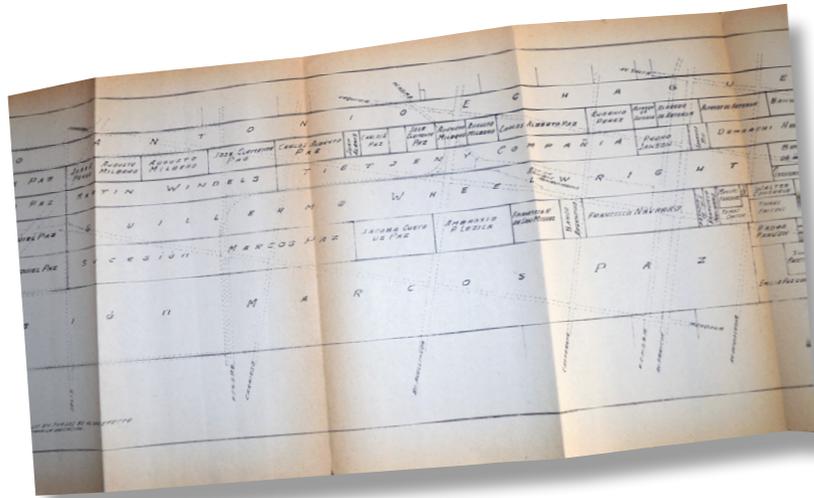


**MUSEO INTERNACIONAL PARA LA DEMOCRACIA**

Un museo que es patrimonio de la ciudad de Rosario

Ingreso libre y gratuito  
Martes a sábados 11 a 18 hs.  
Visitas guiadas para grupos y escuelas:  
visitas@museoparalademocracia.org

Palacio Fuentes - Sarmiento 702 - Rosario  
[www.museoparalademocracia.org](http://www.museoparalademocracia.org)



Archivo Wladimir C. Mikielievich, Museo de la Ciudad.

La cortada que se interrumpe por donde pasaban las vías del ferrocarril renace del otro lado de Vera Mujica. Tampoco hay señalética. Apenas un papel blanco pegado con cinta en una puerta y escrito a mano con fibra negra gastada: “Marcos Paz 3202”. En la otra esquina, hacia el oeste y sobre Crespo, una flecha de tránsito pintada en una columna de piedritas grises constituye la primera inscripción oficial: “M. Paz”, sobre el círculo azul.

Unos centímetros arriba, un cartel: “Área protegida. Seals”. Toda la cuadra es una exposición del estado de ánimo en Echesortu: “Alarma activa”, “All Systems”, “Alarma. Enlace remoto 24hs. SAT”; acá luces que se activan con el movimiento; allá un brillo seductor: el de un candado lustrado Proll Platino; también dos megáfonos listos para gritar sobre una reja negra con puntas de lanza y una cámara de videovigilancia al llegar a la esquina de Iriondo.

### El origen

La historia de una ciudad puede contarse por sus calles. El camino que iba desde la antigua capilla en la actual plaza 25 de Mayo hacia Córdoba se llamó calle Córdoba. Después le nacieron, todas mirando hacia el oeste:

Rioja, San Luis, San Juan y Mendoza. La ordenanza número 3 del 7 de abril de 1905 buscó ordenar los nombres ya existentes sobre un trazado que no paraba de crecer. Esa norma ubicó el “Pasaje Marcos Paz” entre San Juan y Mendoza, de este a oeste. ¿Qué hace ahí, en medio del Cuyo, nuestra cortada y por qué se llama así?

Según el archivo del recordado historiador Wladimir C. Mikielievich en el Museo de la Ciudad, la calle lleva el nombre del abogado y militar argentino de una carrera caótica, acorde con su tiempo. Marcos Paz nació en 1811 en Tucumán, fue gobernador de su provincia hasta 1860. Después estuvo preso y en 1861 saltó a la Gobernación de Córdoba para, un año después, ser electo vicepresidente de la Nación, acompañando en la fórmula a Bartolomé Mitre. Cuando Mitre se fue a la Guerra del Paraguay quedó al mando de la Nación y en 1868 murió por la epidemia de cólera.

Sus logros políticos no están en Santa Fe ni en Rosario. ¿Por qué darle su identidad a nuestro pasaje? El historiador Ernesto Ciunne ensaya una respuesta. Se toma un tiempo. Habla de la expansión de la ciudad más allá de Oroño, Pellegrini y el río. De un poder político que ordenaba el crecimiento por arriba mientras un

poder inmobiliario lo construía por abajo. Las lonjas de tierra extensas se vendían y comenzaban a lotearse para nuevas viviendas. Surgían negocios rentables.

“Marcos Paz era un callejón de tierra en una zona de mataderos, de alfareros, de fábricas de carbón o ladrillo. Se corrían carreras de caballos. Eran zonas bravas de la ciudad, aún no había una identidad de barrio”, introduce. Uno de los dueños de esos lotes, según figura en los planos del siglo XIX, era el doctor Marcos Paz. ¿Eran la misma persona? Sí. El libro *Historia de la propiedad territorial en el municipio de Rosario*, del ingeniero Delfo Locatelli, le asigna una lonja extensa que abarca la actual cortada y se extiende hasta el centro y el oeste. Según el detalle de ese trabajo, Paz compró esas tierras en 1854. Tres años más tarde donó una parte céntrica: las manzanas de la actual plaza San Martín y de la Sede de Gobierno (ex Jefatura Política).

En esa época, además, se lo reconoce como un impulsor de la llegada del ferrocarril a la ciudad. La innovación se concretará más tarde, sobre los terrenos que él ya había comprado y que legó a su mujer Micaela Cascallares y a sus hijos después de morir en 1868. La futura calle Marcos Paz asumirá, durante el siglo siguiente, una forma y un trazado que parecen un homenaje a medida de la biografía del ex vicepresidente argentino: saltará de un lugar a otro sin mayor explicación, atravesada por los vaivenes del ferrocarril y las contradicciones urbanísticas.

### Tres resurrecciones

Después de aquella primera interrupción al 3160, el pasaje Marcos Paz sigue su viaje hacia el oeste. Es la contracara de calle Mendoza, que

parece un hormiguero de gente que viene y va a los comercios. Acá los adoquines se resisten a desaparecer y reaparecen debajo del asfalto al 3600 y 3700 y de nuevo al 3900. Cada tanto un auto, cada tanto una bicicleta. Parece haber una norma no escrita: en las esquinas están los comercios (librerías, peluquerías, kioscos) y en el interior, los talleres mecánicos o galpones.

A la altura del 4900, choca contra la calle Paraná (al 1150), que esconde a sus espaldas las vías de la vieja compañía Ferrocarril Central Córdoba. Según la reseña a máquina de escribir de Mikielievich, allí termina la cortada. Pero no, del otro lado, Mendoza y San Juan se buscan hasta fundirse en una sola. Acorralada, Marcos Paz toma un giro estratégico: va hacia el norte por Felipe Moré, cruza San Juan, deja atrás Lindberg, traspasa San Luis y recién

entonces, sobre el 950, parece sentirse segura para volver a la luz.

Su nueva fisonomía es un poco más ancha aunque mantiene su esencia de casas bajas, árboles medianos y cierta soledad. Pero no hay paz en un ejido urbano tajeado por el ferrocarril. Al 5995, pasando Solís, una última casa se desvanece contra un terreno baldío que contiene otro trazado de vías. La cortada resucita, por tercera vez, al 6000 pero con el sentido cambiado: ahora los autos vienen desde Circunvalación.

Confundida y agotada, Marcos Paz llega al 7400 y ya no hay milagro cuando se extingue sobre la colectorá Juan Pablo II. No está probado que vuelva a salir más allá. Tampoco descartado. Roberto Fontanarrosa pintó su devenir, su andar casi metafísico. Escribió para

una contratapa de Rosario/12: “El Departamental Catastral de Calles Cortadas de la Unicef, a través de su subsecretario Mathieu Shinoda, nos informa que la cortada Marcos Paz es la más larga del mundo. Incluso una comunicación urgente con Fabio Zerpa nos confirma que tal vez no haya otra tan prolongada en el Universo, tal como lo conocemos. «Es más –nos aseguró Shinoda (en un discreto castellano) –, la cortada Marcos Paz, visualizada desde satélites, parece no terminar en barrio Echesortu, sino que reaparece luego, ya en la provincia de Santiago del Estero, para transformarse en la Ruta Panamericana que se extiende hasta Winnipeg, en Canadá, lo que aseveraría nuestro aserto». La Municipalidad de Rosario estudia la jubilosa noticia para declarar a Marcos Paz (si se confirma la especie) «Cortada Ilustre»”.



# Visto & Oído

Por Juan Aguzzi

## OFICIOS ARTÍSTICOS



“Nosotros, los realizadores, escenógrafos, vestuaristas y maquilladores, tenemos que trabajar en ese fin: hacer poesía visual”, decía la escenógrafa y docente Melisa Guerrero, sentada a una mesa de trabajo en su taller, en el primero de los cuatro capítulos del envío “Oficios artísticos”, titulado “Diseño escenográfico”, que pudo verse por la señal 5RTV y continuará los lunes a las 21 con repeticiones los miércoles a las 23. Con una cámara fija que permite que cada uno/a de los entrevistados pueda explayarse en el desarrollo de las ideas que los mueven tras la práctica artística y una edición rítmica con textuales que subrayan la materia sustancial de las apreciaciones, “Oficios artísticos” se ocupa de un universo apenas visitado por la tevé, el de los que arman el contexto para que un hecho artístico tenga lugar, sobre todo los ligados al vestuario y el maquillaje, la escenografía, las artes visuales, todo contado por los hacedores, que en general tienen poca oportunidad de hacerlo a cámara, de comunicar la importancia de llamarse como tales. En ese mismo capítulo y con equilibradas apariciones también Nicolás Boni, un egresado de Bellas Artes y dedicado al diseño escenográfico de obras teatrales musicales, habló de lo ardua y tensionada que es la tarea de preparar una puesta de esa naturaleza. “Mientras trabajamos armando la idea sufrimos mucho, no es agradable, recién cuando vemos que todo está funcionando se siente un placer

inigualable”, soltó sentado a un costado de un piano sobre el escenario del teatro El Círculo. Boni dio una idea de la técnica empleada para el diseño de óperas que fueron montadas en España y Estados Unidos. “El teatro musical es una expresión teatral que está regida por una partitura”, dijo sobre el espíritu que anima su trabajo mientras gigantescos rostros y cuerpos se van armando sobre un escenario o en un telón se pinta un cielo enorme o se señala la potencialidad de las nuevas tecnologías que proyectan un fondo sobre el que una historia tendrá lugar. Dirige Héctor Nene Molina, producen Belén Bertero, Camilo Postiglione y Rocío Luna; mueven cámaras Mario Armas, Dana Tameron y Ernesto Sánchez y Lucio García puso dinamismo a la edición.

## ESOS FANTASMAS / ALEXIS PEREPELYCIA



El rosarino Alexis Perepelycia es un músico integral, capaz de participar en diferentes formaciones con una impronta habitualmente experimental. Sus intervenciones suelen *afectar* el contexto musical en el que tienen lugar integrando una segunda naturaleza al sonido que redimensiona su carácter original. Por ejemplo, un sugestivo riff algo distorsionado de guitarra que provoca otra imaginaria en la rítmica de la pieza y realza su valor sonoro. De algún modo, con su práctica, Perepelycia se define como un investigador del sonido y ahora en solitario grabó *Esos fantasmas*,

un disco fruto de sus indagaciones sobre el laberinto de asociaciones y conexiones que pueden encontrarse en los espectros digitales surgidos de las nuevas tecnologías. “El disco se da a partir de inquietudes sobre las que investigo relacionadas a los procesos compositivos y los conceptos de saturación y distorsión, solo que esta vez lo encaré desde entornos digitales con los que vengo trabajando desde hace tiempo, pero aún no terminaba de hermanar ambas búsquedas”, apuntó el músico. A partir de allí, *Esos fantasmas* está planteado como una experiencia sonora emparentada con el *noise* pero desde donde emergen nítidos rasgos compositivos en el ensamble y donde cada sonido reverbera y encaja con cierto eco psicodélico provocando la singularidad de una inmersión en un espacio profundo con capas de membranas sensitivas que van sumándose. “Todo el proyecto fue creado de manera digital, con la salvedad de que gran parte del material fuente para alimentar los entornos compositivos desarrollados son acoples generados acústicamente, lo cual me llevó a ubicar un micrófono omnidireccional en el centro de una habitación y llenar el resto del recinto con amplificadores puestos a gran volumen, ecualizando cada uno de manera particular para lograr la presión sonora necesaria. Todo lo que sucedía dentro de cada etapa del software fue grabado de manera interna, lo cual permitió obtener un resultado de alta calidad y precisión y gran potencia y agresividad”, graficó Perepelycia. De este modo, *Esos fantasmas* se configura como una experiencia de vivos destellos sonoros que subyugan con una fluida energía rítmica y puntua, y a Perepelycia puede situárselo como un partisano que pone en tensión las alternativas del software en un desenfadado ingenio musical.

## ROCKAMBOLE

En tiempos de pandemia, la inventiva y la imaginación de quienes acometen acciones artísticas debieron pedalear cuesta arriba para generar algunas manifestaciones que sacudan la escasez de ofertas y el *delay* producido por las restricciones. Y algunos llegaron a buen puerto, como es el caso del realizador rosarino Claudio Perrin con *Rockambole*, una serie web que puede verse en el canal de YouTube de Zahir Films a razón de un capítulo cada 15 días y que resultó todo un hallazgo, tanto en su propuesta estética como en el efectivo empleo de los recursos de



la comedia negra. Perrin es uno de los realizadores más personales en el ámbito de la producción audiovisual local en cuanto al abordaje de las temáticas elegidas y la idea y puesta en escena de *Rockambole* no hace sino confirmarlo. Valiéndose de los elementos aparecidos durante el aislamiento para sostener la comunicación, esto es, a esta altura el benemérito Zoom, los barbijos, el distanciamiento social, el alcohol en gel, Perrin da vida a diferentes situaciones animadas por una pareja de pícaros de poca monta que lanzan anzuelos para hacer picar a incautos y birlarles unos pesos. Primer acierto: los protagonistas no son solo perdedores sino que entre ellos la relación explota el absurdo hasta límites inconcebibles; sus conversaciones son casi un remedo y son interrumpidas desde el grotesco, la culpa súbita o el soliloquio generando un brumoso y desopilante acontecer. Buena parte de ese clímax se debe a Claudia Schujman y Miguel Bosco, los actores que animan a Lola y Tato, que ahora deben *actuar* para ser *otros* y concretar las estafas. Ambos subyacen derrapando bajo el peso de la vida y emergen en confabulaciones repentinas cuya deriva es siempre incierta. Otro logro: Perrin vuelve funcionales los inconvenientes digitales de la comunicación –la imagen que se clava o se pixela, el audio que queda abierto– en la trama diseñada, contribuyendo a hacerla más disparatada. “El uso de Zoom, el encuentro con nuevos personajes, restricciones; a partir de eso vamos creando sobre la marcha, es algo que me parece muy interesante y era la oportunidad de salir de esta sensación de bajón que tenemos todos, de transmitir un poco de alegría”, apuntó Perrin sobre la serie que ya lleva veintisiete capítulos que duran entre seis y casi veinte minutos. Mirta Maurizzi, Laura Copello, Roberto Chanampa, Andrea Fiorino, Severo Callaci, Vilma Echeverría y Juan Nemirovsky fueron algunos de los actores que lidiaron con los personajes principales.

## AMBOS MUNDOS

## El espía

Por  
Miguel  
Roig

A finales de enero falleció mi madre. Cuando me avisaron ella ya estaba en plena agonía y en Madrid había dejado de nevar pero la nieve hecha hielo hacía intransitables las calles. Mi madre iba dejando, inmóvil, la vida en el verano argentino y yo me desplazaba torpe, lento y solitario, por estrechos senderos abiertos en las veredas a golpe de pala, para hacerme un test y renovar el pasaporte argentino ya que el español, Covid mediante, carecía de valor en Ezeiza.

Volé, finalmente a Buenos Aires y llegué a Rosario un par de días antes del deceso. Me acordé, en varios momentos, de Meursault, el personaje de *El extranjero* que recibe el telegrama donde le informan de la muerte de su madre pero recurrió a lecturas más leves. Releí un par de veces la última página de un ejemplar de *The Economist* que metí en la mochila antes de tomar el taxi hacia Barajas. En la última página está la sección del obituario, una de las primeras cosas que leo cuando suelo comprar la revista, quizás porque sea el único espacio que no contiene datos ni pronósticos: se puede, claro, contar una vida con fechas, pero la única perspectiva que ofrece, en una situación que ya no es ni será vida es la del pasado y por eso se convierte en narración. El autor anónimo de la sección –ningún artículo tiene firma en *The Economist*– sigue con su mirada los pasos de John Le Carré, fallecido en diciembre, y va detrás de él en una mañana cualquiera desde que sale de su casa en Hampstead y camina por ese barrio de Londres, deteniéndose en alguna referencia perteneciente al ciclo Smiley (un árbol que contiene una señal, la marca de una tiza azul en una pared) o un banco donde presumiblemente se sentaba Keats (en todo caso un sustituto similar ya que por muy resistente que fuera la teca original del XVIII no es probable que siga allí). En ese paseo el autor habla de la vida de Le Carré, un narrador en tercera persona, anónimo como un espía, tan pegado al escritor que se convierte en su voz.

El obituario de mi madre, en cambio, se redujo a las breves líneas de un aviso fúnebre en *La Capital* pero tuvo otro, escrito en mi memoria, según recorría el barrio en el que crecí y ella pasó la mayor parte de su vida. Me senté en el cordón de la vereda de mi casa natal, donde ahora vive gente que no conozco. Es más, como en el poema de Borges, también falta la vereda de enfrente, ya que las reformas y las nuevas construcciones han cambiado su fisonomía anterior, y aunque mi mirada tampoco es la misma insiste en fijarse sobre aquello que no está, que se ha disuelto.

Cuando murió mi padre, hace ya más de diez años, mi madre comenzó a realizar reformas en esa casa, en la que ahora viven otros ya que llegó un momento en que ella no podía seguir allí sola. Pero antes de eso, ya sin mi padre, sin mí, sin mi hermano, mi madre modificó todo aquello que tal vez nunca le gustó. Durante una vida o buena parte de esa vida que era la suya y que yo no percibí. A diferencia del redactor que, como un espía, como George Smiley sigue a Le Carré, pegado a él, sus pasos, yo no he estado estos años con ella y soy incapaz de imaginarlos. Cuenta Le Carré en sus memorias la profunda amistad que le unía con Joseph Brodsky y la sensación de estar siempre en falta con él: no acababa de entender su poesía. Esta confesión fría, despojada de toda vanidad, es propia de un espía, un profesional que administra la información; como *The Economist*, maneja datos: sabe qué conoce y cuáles son los casilleros vacíos.

Cuando Le Carré se sentaba a comer con Brodsky veía delante de él a una persona de la cual le faltaban piezas. A Brodsky, no; ve más allá. Dice en su poema *El Támesis en Chelsea*: “No hay nada en qué creer. Eso sí:/ mientras esté la orilla izquierda –buena nueva–,/ el Támesis tendrá orilla derecha”.

No soy poeta. Tampoco escritor de novelas de espías, pero en esto me siento cerca de Le Carré: miro a mi madre, miro el pasado y no soy capaz de ver la otra orilla, la vereda que debería estar enfrente.



# NOS CUIDAMOS AL AIRE LIBRE

## SIEMPRE

Usá igual el cubreboca. Y que cubra también la nariz y el mentón.



❤️🇨🇦  
#RosarioSeCuida



Municipalidad  
de Rosario



Mutual  
del Personal  
GRUPO SAN CRISTÓBAL

# NUEVO LIBRO

un círculo **que se abre**  
arte **contemporáneo** en Rosario

Sello editorial de la Mutual Del Personal



[mutualgruposancristobal.com.ar](http://mutualgruposancristobal.com.ar)



2021



ANIVERSARIO  
Mutual Del Personal